

SEMANARIO POLITICO  
SE PUBLICA LOS JUEVES  
Redacción y Administración:  
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 52  
Número suelto 10 cts.

# EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN  
Madrid, 1,50 pts. trimestre; Año 5  
Provincias, 1,60 trimestre; Año 6  
Ultramar y Extranjero, Año 10  
PAGO ADELANTADO  
Corresponsales: 25 números 1,50

Año XXX

Madrid, Jueves 28 de Abril de 1910

Núm. 16



¡Sí; allí está Dios!... Al que lo ama, todo se le viene á la mano.



## El Apostolado de la Verdad

En vista de la persecución iniciada por las autoridades democrático-clericales contra los folletos de "El Motín", he desistido de la idea de publicar el cuarto de la serie en la semana próxima...

### Y LO SERVIRÉ EN LA PRESENTE

Se titula "Cristo en el Vaticano", y se debe á la pluma de Víctor Hugo.

Y respecto á la segunda "Hojita piadosa", titulada "La mujer en la Iglesia", me abstendré de repartirla...

### POR HABERLA REPARTIDO YA

¡Y ande el movimiento!

## Propaganda electoral

He recibido muchas cartas de puntos diversos pidiéndome que reproduzca en "Hojita suelta" el admirable artículo titulado "Moral cívica", de Pey Ordeix, publicado en el número anterior, para repartirlos estos días en los mítins electorales.

Pareciéndome acertada la idea, he procedido á hacer una gran tirada del artículo, que regalaría de buena gana á los electores republicanos si contase con medios para ello; mas no contando, pongo á 5 pesetas el millar de "Hojas".

## Sobre organización anticlerical

Sr. D. José Nakens.

Me encarga usted el estudio de las varias consultas y demandas que desde hace tiempo recibo de los amigos sobre la necesidad urgente de organizar con vigor las fuerzas anticlericales, cuyas energías se pierden en su mayor parte en la estéril disolución.

Unas vienen en forma general: «hay que organizarse; somos muchos; en algunas partes somos los más, y seguramente los mejores... Organice usted, señor Nakens... Nadie mejor que usted...»

Ciertamente, urge. En Julio-Octubre de 1909, hemos visto que en ello va, no sólo el porvenir de la patria y del alma

española, sino la cabeza de los elegidos por el enemigo para ser escarmiento de débiles y carne de banquete de la antropofagia eclesiástica. La función se interrumpió por los patatazos llovidos del extranjero. Nuestros quinientos mil republicanos manifestantes de 1903; nuestra terrible masonería con todos sus centros secretos; nuestros cien y una confesiones protestantes con su protección de Estados extranjeros; todos nuestros judíos con sus sinagogas y bancas; los embajadores de Estados disidentes; los treinta y pico diputados republicanos; los cien y pico anticlericales dinásticos con sus exministros, generales, próceres y hombres ilustres; la madre de la reina con su devoción protestante y con su influencia palatina; todo ese gran armatoste anticlerical al cual deben sumarse la rabia de las víctimas del clero y el anhelo de los clérigos, frailes y monjas que están suspirando el fin del Romanismo; todo eso, en fin, fué impotente para salvar la vida de Clemente García y para sacar de la cárcel á uno siquiera de los millares de inocentes encarcelados por la única razón del odio clerical.

¿Hay que organizarse? Parece que sí. Aquéllo fué el aperitivo; en la bandeja del entremés se veían las cabezas de Lerroux y de Sol y Ortega, á medio freír; de plato fuerte habría venido la gran paella de los tres mil y pico presos de Barcelona, las eucaristías de Vich y las sardanas de la Defensa Social. Si se quiere desorganizar eso, claro está que hay que organizar *estotro*. Cuatro mameucos clericales puestos en cuadrilla dan cuenta de aquel ejército de... gallegos, que están siempre solos..., en esa vergonzosa soledad de la compañía, en ese ejército insociable del liberalismo español que sólo se pone en fila cuando el jesuita le da una vela para la procesión.

«Hay que hacer algo—le dice un atinado correligionario de Vigo.—Hay que trabajar los pueblos del campo, á donde no ha llegado todavía la divina palabra de la Verdad; organice misiones, Sr. Nakens: Ferrándiz y Pey Ordeix servirían para fundar esta nueva orden; yo dejaré mis bienes á tal fundación...» Sí, sí; ¡claro que hace falta!... No puede ser más claro. Como que de ese campo inculto, selva-virgen de toda propaganda anticlerical, jungle dejada á merced de las fieras clericales y á los rugidos infernales de sus misiones, en cuyo texto más se habla del diablo que de Dios; de ese campo salen precisamente las tres cuartas partes de los diputados. Esos *electores incultos* y bárbaros por haberlos abandonado á la barbarie, son los que hacen el congreso de *bárbaros*. É imponen su barbarie á toda España y hacen el escándalo del mundo. ¡Claro que hace falta! Sólo que ese amigo imagina que la *misión* por él enseñada consiste sólo en coger la dulzaina oratoria y en lanzarse al otero á sonar aires de libertad; y no ve los colmillos de los lobos, ni las estacas de los rabaneros, ni el puñal de los esquiladores, ni la cuchilla de los degolladores de la santa grey: ve sólo las inofensivas ovejas, con sus balidos, ignorando que al azuce de los Pastores, las ovejitas se convierten en perros rabiosos. Y que los mordiscos, manteamientos, apaleamientos y demás gajes del oficio, tienen corta compensación en la limosna de fraile que se reservaría

á los misioneros. Y, sin embargo, hace falta. ¡Claro... hace falta... mucha falta!

Y hacen falta mil cosas más. Quedamos en esto: en que es preciso poner el cascabel al gato; pero ¿quién lo pone?

Canalejas y su partido, es anticlerical; Romanones y el suyo, ídem; Moret, ídem; los republicanos, ídem; los socialistas, ídem; los ácratas, ídem; los comerciantes, ídem; los maestros, ídem; la prensa, ídem; los integristas tienen el meollo anticlerical; los carlistas son regalistas recalcitrantes; nadie más anticlerical que el clero bajo y el fraile bueno; todos los españoles son anticlericales... y España sin barrer la basura clerical que apasta al mundo. ¡Donoso espectáculo!

¿Causa de esta locura de manicomio de idiotas? Muy sencillo: Canalejas.—Yo soy anticlerical, pero... con la aprobación pontificia y con la bendición de los obispos. Romanones.—Yo también lo soy, pero según la partida doble por el sistema americano. Moret.—Yo también, pero á lo estadista y político. Los republicanos.—Primero la república; lo demás será de añadidura. Los socialistas.—Primero la conquista del pan; lo otro es un accidente. El ácrata.—Todos sois iguales: hay que acabar con todos.

Bien: y cuándo la emprendemos con el clericalismo? Ese que os trae á todos enredados y locos, ése que os quita el pan á unos, que os imposibilita el avance republicano á otros, que á Moret le lanza del gobierno á puntapiés, que devora las haciendas romanonistas y que lleva á Canosa á Canalejas... Ese que es la madre de todos esos corderos, ¿cuándo la emprendéis contra él?

¿Lo principal es lo principal? ¡Infelices! Los filósofos griegos habían enseñado ya hace tres mil años que *lo primero en la intención es lo último en la ejecución*; y lo primero que hay que hacer en toda empresa es *quitar el obstáculo que impide comenzarla*.

\*\*\*

¿Es posible unir todas esas fuerzas? Ni soñarlo; *lo primero es lo primero*; y lo primero aquí es que realmente somos locos de atar. Y mientras cada cual no se despoje de su chifladura, no hay que pensar en unir ni con cola; sólo Maura puede unir ese cotarro á latigazo limpio, para unir en un mismo grito de rabia y en una vergonzosa derrota á los que no supieron unirse para el ataque.

\*\*\*

Bien: demos por descartado ese plan de *unión grande* y de *unión universal*. Esto sería lo mejor; pero lo mejor imposible es enemigo implacable de lo bueno fácil. Vamos, pues, á lo fácil, y á lo *primero más primero*. Y, aquí, esto primero es plantar la semilla. Una semilla siquiera, un grano de anís... Bien regado y cultivado, ese grano hará el resto.

Si yo pudiese darle á usted mi parecer, le diría: «Puesto que á usted le proclaman Cristo del anticlericalismo el entusiasmo de los amigos y el odio de los enemigos, y ya se le exhibe crucificado, nadie mejor que usted para convocar por edicto público la provisión de las plazas de su apostolado. Encontrar en España doce anticlericales de alma, incluso el traidor, no parece cosa difícil. ¿Que no hay doce siquiera? Loyola, aun siendo cojo, tuvo bastantes con ocho individuos.



¿Que en dónde habrá que reclutarlos? ¿En las alturas? Este es el engaño que padece el anticlericalismo: creer que la unión esta fa han de hacer los rabadanes que sólo son capaces de juntarse para comerse la oveja de uno de ellos. ¡No y no! Los grandes tienen demasiado que hacer con adornar su grandeza; los altos no tienen tiempo más que de hacer equilibrios para no caerse. Y entre sí no cabe otro lazo que el de la emulación y desconfianza pícara, de mirar quién será más alto y de temer uno del otro la zancadilla.

No hay que marear con tal empresa á los pontífices y generales esos; el nuevo apostolado y la nueva compañía de Jesús hay que reclutarla, ó entre los cargadores de muelle y rameras, como Cristo, ó entre calaverillas de Universidades, como Loyola: el desecho de todo. Esa es la buena masa, que, por ser lo infimo material, es lo supremo moral. Luego vendrán los banqueros, como Mateo, el recaudador de cédulas, y los duques, como Francisco de Borja; pero será cuando el árbol esté arraigado y no peligre la testuz de tan respetables señorías.

Doy, pues, por supuesto, que tenemos un Pontífice por aclamación popular: Naken; y que usted va á convocar la flamante Compañía de Jesús que arranque de manos del Judo católico el pobre Cristo que está clamando auxilio en su ignominioso cautiverio. ¿Qué condiciones han de tener estos ultra-jesuitas?... He aquí una dificultad fácil de resolver. El obispo Lagüera, en cierta ocasión de haber de ordenar ciertos curitas ignorantes con desprecio de otros más listos, me decía: «El mundo no se pierde por falta de curas, sino por falta de buenos curas; y en la viña del Señor, cuando no se puede arar con bueyes, se ara con asnos.» He aquí resuelto el problema. Dos reglas paréceme que pueden adoptarse como extremos del marco: «nadie es necesario é indispensable, por mucho que valga; nadie es inútil, por poco que valga». Basta la fe anticlerical y el ardor apostólico.

Esta empresa ha de ser universal para todo género de procedencias y de personas: anticlerical; esto es lo indispensable y lo bastante. Republicanos ó carlistas, lo mismo da; aunque sea jesuita... ¡sí, señor! Necesitamos agentes en todas partes, incluso en el palacio apostólico. La Iglesia tiene órdenes muy distintas: hay católicos de Loyola, católicos de San Francisco, de la Orden tercera... Exacto: aquí tendremos anticlericales de la venerable orden masónica, de la cofradía protestante ó judía, de la Regla Monárquica; hijos del padre Canalejas ó del padre Lerroux... ¡todos caben! Pero, que lo primero para ellos sea el anticlericalismo; lo demás serán imperfecciones accidentales y á veces provechosas. Traiga cada uno su facultad excelente: el barrendero su escoba, el escritor su pluma, el músico su violín, la muchacha alegre sus gracias, el torero su donaire: todo es útil... Un corte de mangas gracioso puede ser una bofetada dolorosa en el carrillo clerical.

Concretando: el que tenga vocación, envíele á usted la cédula de profesión, con todos los votos necesarios: ¡á lo ul-

tra-jesuita!... Y como usted se vería agobiado con estos nuevos trabajos... ¡á lo jesuita!, busque usted asistentes. Y mientras el Gobierno anticlerical que subvenciona de mil modos á los frailes, no subvencione esta nueva Compañía de Jesús, cada aspirante adjunte á la cédula la triolera que se estime oportuna para crear la oficina correspondiente.

Esto se me ocurre para comenzar por algún sitio: de lo demás convendrá hablar más despacio, y de algunas cosas convendrá callarlas más despacio todavía; ¡á lo jesuita!

En el jesuitismo hay cosas que se dicen y se hacen: las hay que se dicen y no se hacen, y las hay que se hacen y no se dicen. Las hay que se dicen antes de hacerlas y otras que se hacen antes de decirlos. Todo esto debe ser objeto de las Industrias ultra-jesuitas y de la Monita particular para los nuestros.

Sobre esto, usted y sus correligionarios podrán hacer las observaciones y enmiendas que crean oportunas. A mí no se me ocurre más.

S. PEY ORDEIX

Amigo Pey Ordeix:

Usted sabe bien, porque lo ve, que no puedo distraer ni media hora al día en mis habituales ocupaciones, y que, por lo tanto, me será casi imposible echar sobre mis hombros el peso de una ocupación más. Sin embargo, como se trata de algo que responde á la labor de toda mi vida, no me niego en absoluto, si bien me reservo para responder definitivamente cuando vea cómo reciben la idea los anticlericales.

Lo que desde luego rechazo es la especie de jefatura que usted pretende conferirme: ayudaré á la organización, si es que resulta, pero como simple aficionado. Habiéndome resistido varias veces á mandar en nadie, no voy á última hora á ponerme al frente de nada. Preferí siempre el papel de Espíritu Santo al de Padre Eterno, y eso que ya, por la edad y por las barbas, estaría en carácter representando al segundo.

Una cosa no he de ocultarle; que estando conforme con lo que de la unión sale la fuerza, desconfío un poco de esta clase de organizaciones: se acoge una idea con gran entusiasmo y á los tres meses nadie se acuerda de ella. Esto ha pasado aquí varias veces con ésta precisamente. La perseverancia no es virtud española. Y lo digo yo, que he perseverado, á pesar de ser español.

Lo que sí he de rogarle á usted y á cuantos crean que yo puedo servir para algo todavía, es que no me apostrofen con los calificativos de apóstol, pontífice, ni jefe; además de hallarse muy desacreditados, los encuentro de mal gusto.

Y no vayan á tomar esto, ni usted ni mis correligionarios en anticlericalismo, en otro sentido que éste: «Me reventó siempre colocarme en primer término, manifestarme, exhibirme... Aunque pudiera citar varios hechos que corroborasen esta afirmación, voy á limitarme á uno sólo.

Cuando estaba en la cárcel, pensaba, si salía, recorrer media España. ¿Para qué? Para dar las gracias personalmente á muchos amigos; para conocer varias regiones, Galicia sobre todo (soy quizás el único plumífero español que no ha visto más que cinco ó seis capitales de provincia, y eso de paso); para respirar á pleno pulmón la libertad; hasta por higiene.

Salí de la cárcel, y al pensar en los agasajos, las felicitaciones y los aplausos que iba á recibir, me entró un miedo tan cervical, que opté por el agazapamiento en mi casa. ¡Yo exhibido voluntariamente!... ¡Yo blanco de las miradas de todos!... ¡Yo inspirando con mi presencia frases de alabanza! ¡Yo aclamado!... ¡Horror! Aún me dura, no obstante los años transcurridos, el malestar que experimenté al verme vitoreado en el Teatro Lírico el día 25 de Marzo de 1903.

¿Condeno, al decir esto, á los que se exhiben á cada paso, con pretexto ó sin pretexto, y encuentran grandes satisfacciones en todo eso que á mí me horripila? No. Cada uno es como es, y yo como soy.

¿Obro así por modestia? Menos. La modestia (frase de otro) es el orgullo de los tontos. Y yo no lo he sido nunca más que en no ponerme al diapason normal de la mayoría de mis contemporáneos, en no seguir la corriente. Verdad es que entonces no sería el que soy, sino uno más, y usted no se hubiera dirigido á mí para proponerme esto.

Y no cansando más, quedamos en que, hasta no ver cómo responden los correligionarios, aplazo mi respuesta.

JOSÉ NAKEN

## Contra el Apostolado de la Verdad

«El agua menuda es la que hace barro.»

Fijemos nuestra atención en algo que, con parecer insignificante en lo que aquí llamamos Círculos políticos, tiene indudable importancia. ¿No ha de tenerla si se trata de un atropello á la libertad, cometido por autoridades liberales en favor del clericalismo y en beneficio de los clericales?

No faltarán espíritus indignos, que se creen superiores, que sonrían con desdén ante este preámbulo. ¡Bah, una arbitrariedad! No ven que no hay un síntoma más cierto de corrupción y decadencia que éste de adaptarse al mal, de doblegarse á la violencia, de acostumbrarse al vicio y de no escandalizarse ante lo escandaloso.

Hace pocas noches lamentábase el insigne publicista Ramiro de Maeztu, de que el «encasillado, las denuncias y recogidas de periódicos y las condenas á penas bárbaras por delitos de pensamiento, que no son tales delitos, defen imposables á los españoles, cuando son atentados á la sociedad tan graves y terroristas y anarquizantes como los petardos ó bombas que, gobernando los



conservadores, estallaban en Barcelona.

Puede ser que interese más el reparto de distritos y el contubernio electoral de Maura y Canalejas; mas á nosotros nos parece de mayor interés este clericalismo agudo del Gobierno que preside el político más anticlerical de todos los políticos dinásticos.

Porque ¿qué es clericalismo sino el predominio del clero en la política, en los poderes judicial y ejecutivo, en el Estado y el gobierno, ya de modo directo, ya indirecto?

De este segundo modo ejerció casi siempre, fuera de la Roma papal, su hegemonía la Iglesia, y así la sigue ejerciendo. No manda, no falla, no firma decretos ni reales órdenes, no detiene, no prende, no mata, no recoge libros, cierra escuelas y denuncia periódicos; todo eso es obra del Estado, del gobierno, del brazo secular del clericalismo.

Ahora se ha dado un caso notable de esta sumisión á la Iglesia del poder público, se ha dado, para mayor mengua, en León, patria del señor ministro de la Gobernación.

He aquí lo sucedido, según nuestro querido colega *La Democracia*:

«Nos habíamos equivocado de medio á medio.

El gobernador civil de la provincia de León, digno representante del clerical gobierno de Canalejas, reaccionario, ha prohibido en León la venta de opúsculos del *Apostolado de la Verdad*, que hacen guerra al clericalismo, aliado y dueño de la situación.

Este gobernador no se anda con pampinas; valiéndose de estilo albeitar, corta por lo sano. ¿Pero será verdad que le hayan entregado una cartilla de instrucciones, entre las cuales haya un precepto que diga *plus minusve*: «Se permitirá al clericalismo toda propaganda contra la libertad y los partidos liberales, sean éstos cuales fueren, sin reparar en lo provocativa, injuriosa y calumniosa que ésta sea?»

¿Será posible que el señor ministro de la Gobernación sea el mismo que, hablando en el mitin de Bilbao cuando el bloque, todo lo quería secularizar? Y si lo es, ¿cómo consiente que éste su subordinado se extralimite en esta ciudad á prohibir una propaganda como la del *Apostolado de la Verdad*? ¿Será que la verdad y la libertad ofenden á estos liberales?

Señor ministro de la Gobernación: rogamos á usted haga ver al representante del gobierno central en León y su provincia, que es necesario ser liberal ó dejar de serlo; y sobre todo, respetar las libertades que la Constitución concede.

Para algo se es gobernador constitucional.

«Hacemos al Sr. Merino el honor de creerle erróneamente informado, hasta el extremo de considerar justo y legal lo hecho por el gobernador de León. Y no es así; ha sido un atrepello imbécil, indisculpable. Los folletos que ha recogido son los escritos ó confeccionados por D. José Nakens, con aplauso de todas las personas cultas y verdaderamente liberales. Llevan pie de imprenta, la de Domingo Blanco, y en Madrid y en España, menos en León, circulan, se venden (á 0,15; es realismo), y se anuncian en los periódicos.

¿Es lícito, es decente, es honrado recoger en plena situación liberal y de-

mocrática trozos de libros de Roberto Robert, de Armand Silvestre y de Nakens, que constituyen el contenido de esos opúsculos? ¿Dice que sí el ministro de la Gobernación? Pues él y el gobernador civil, Sr. Requejo, y el comisario general de policía, Sr. Méndez Alanís, están faltando escandalosamente á sus deberes, autorizando en Madrid lo que en León se prohíbe. Recojan aquí esos folletos del *Apostolado de la Verdad*, ó recojan á aquel gobernador por clerical, débil é inepto.

Las hojuelas y folletos llenos de groserías, indecencias é injurias á personajes y periódicos liberales, incluso Sagasta, Moret, Canalejas, López Domínguez, Dávila, etc., etc., circulan por toda España impunemente. Como somos liberales ante todo, no lo censuramos; no pedimos que se recojan esas hojas pero sí exigimos que á las cultas, literarias y decentes que edita el Sr. Nakens, no se la retire de la circulación por autoridades nombradas por el Gobierno que preside el anticlerical Sr. Canalejas.

EL PAÍS

## Al ministro de la Gobernación

Indudablemente debe usted haber sido sorprendido al nombrar algunos gobernadores. Los de León y Córdoba entre ellos.

El primero ha prohibido que se vendan los folletos *La vuelta de Cristo*, *La lujuria del clero* y *El Diablo*, como se afirma en *La Democracia*, de León.

Y el segundo ha adoptado unas medidas completamente absurdas al llegar á la capital que gobierna la primera *Hojita piadosa*.

Sin advertir ambos, por reaccionarios ó ignorantes, que lo mismo los *Folletos* que las *Hojitas* salen de esta redacción, con su pie de imprenta correspondiente, y que, por lo tanto, no tienen jurisdicción alguna sobre ellos.

Ignoro sus nombres, y por esto no los lanzo al público y se los recomiendo á Maura. Pero como es posible que usted, Sr. Merino, tenga medios para enterarse de cómo se llaman esos dos insignificantes en democracia, legislación y sentido común, me permito indicarle á usted lo que han hecho, por si se sirviera hacerles alguna advertencia, para que no pongan en ridículo al gobierno que los ha nombrado.

¿Que los clericales los han excitado á tomar esas medidas? Ya lo sé. ¿Pero es que acaso los gobernadores de esta situación, relativamente democrática, se han escogido entre los *luses*, para que sirvan los intereses clericales?

Piensen bien en lo que voy á decirles el ministro de la Gobernación y lo mismo Canalejas:

Si no cortan en sus comienzos los excesos de celo clerical de los gobernadores y los jueces, por ahí vendrá su descrédito. No habiendo diferencia alguna entre los demócratas y los mauristas en punto á la libre emisión del pensamien-

to, ¿qué le importará al país que manden los unos ó los otros?

Y si Canalejas no ha venido á atajar la obra de Maura, ¿á qué ha venido? ¿A que siga dominando Maura entre cortinas? ¿A demostrar que España no puede ser gobernada sino á la manera de los Lacierva?

No ya por lo que significa y representa este gobierno; por instinto de conservación debe atender estas indicaciones.

Y si Canalejas quisiera dar un golpe de efecto, al par que de justicia, y destituyese á esos dos clericales que lo han puesto en ridículo, desmentiría con este solo hecho á los que dicen que no tiene libertad para hacer política democrática, y se ahorraría de hacer casi á diario declaraciones en que nadie va creyendo.

Un rasgo de energía á tiempo, define un carácter ó salva una situación.

## Los jueces

Respecto á los jueces, he de confesar que, á pesar de haber entre ellos tantos clericales, han sido pocos relativamente los que se han significado procediendo contra los repartidores de la primera *Hojita piadosa*. Tienen de la ley otro concepto que esos *gobernadorcillos* al estilo de aquellos filipinos que usaban sombrero de copa y taparrabos.

Tengo noticias hasta ahora de los de Gijón, Sanlúcar de Barrameda. Y nada más.

En Gijón, el concejal Sr. Acero, ha sido condenado en juicio de faltas, á un día de arresto y cinco pesetas de multa; ha apelado al juez de instrucción, y si se confirmase la sentencia, acudiría al Tribunal Supremo.

En los demás puntos de España, los jueces se han mantenido en la actitud serena é imparcial que corresponde á los representantes de la justicia.

Menos mal.

## FELICITACION

He recibido de Valencia la siguiente, con muchas firmas:

Sr. D. José Nakens.

Muy señor nuestro: Los que suscriben, estudiantes de esta facultad de Medicina, con el mayor de los entusiasmos y con el más noble y leal afecto, felicitan á usted por sus valientes campañas en el periódico *EL MOTÍN*, baltuarte del anticlericalismo, desenmascarador de la ruñ clerigalla que nuestra pobre España sufre.

Manifestamos á usted que hemos visto con verdadera é íntima satisfacción la activa propaganda que está llevando á cabo con la publicación de los folletos del *Apostolado de la Verdad*, cuyos tres primeros, ya publicados, los hemos leído y hecho leer infinidad de veces, así como las ya célebres *Hojitas piadosas*. Esperamos con impaciencia la publicación de los demás tomitos



anunciados, que seguramente merecerán nuestra aprobación.

¡Duro, D. José, duro en el exterminio del clericalismo!

Y con los gritos de ¡abajo el clericalismo! y ¡muera los que explotan dioses y santos!, saludan á usted respetuosamente, repitiéndose admiradores de su Apostolado civilizador y altamente humanitario.

¿Que por qué no inserto las firmas? Por varias razones:

- 1.<sup>a</sup> Porque no quiero.
- 2.<sup>a</sup> Por no exponer á quienes las usan á la venganza de los catedráticos clericales.
- 3.<sup>a</sup> Porque de este modo podrán mejor dedicarse á aumentar prosélitos. Y
- 4.<sup>a</sup> Por no dar pretexto á los clericales para venirse con firmas apócrifas de estudiantes en la lactancia ó en feto, reunidas por el procedimiento del timo, como acostumbra.

Gracias, jóvenes entusiastas, por vuestros elogios, y á trabajar contra el clericalismo, que el porvenir es vuestro. Pero trabajad de modo, que no os veáis perturbados en vuestra carrera.

## “Mamporros” y “moquetes”

Cuando en estas columnas apareció la espantable lista de las Congregaciones religiosas, de las instituciones parasitarias que se nutren del escaso jugo vital de España, se publicó también relación aproximada de los Sindicatos, Círculos y Patronatos de obreros, y por su simple distribución geográfica pudo ver el conocedor del movimiento proletario de redención, que tales organismos fueron creados no para mejora de la condición del trabajador en cuanto clase, sino para mantener á los obreros separados de aquellos elementos que luchan de veras por el mayor salario, la menor jornada, la consideración, la dignidad, la libertad, la cultura y demás cosas apetecibles de las que ni tuvieron, ni tienen, ni tendrán la más remota idea los católicos.

Encarrilados dichos núcleos contra el movimiento obrero y conocida la condición moral de los afiliados en ellos y de quienes pastorean la pira, tenía al cabo que ocurrir algo gordo, y en una obra de la calle del Marqués de Villamejor se empezó el melón.

Los albañiles madrileños han hecho lo posible y aun lo imposible, por concluir de un modo razonable, humano y decoroso con esta lepra que es ante todo amenaza continua para las mejoras con tanto trabajo y tantos sacrificios conquistadas, y de las que disfrutaban, incluso los Judas de los núcleos católicos.

Se logró en parte, pero como aun quedan degenerados y con ellos iba un patrono reemplazando el personal para imponer mayor jornada y rebajar el salario, los albañiles han pensado que

unos cuantos *mamporros* suministrados á tiempo podrían ser razonamientos persuasivos, sobre todo después de haber fracasado los llamamientos fraternales.

Yo no sé si se generalizará el procedimiento, en el que de seguro llevarán la peor parte los «católicos», hasta por aquello de que la divina providencia vota casi siempre con la mayoría; pero en todo caso los enredilados y sus rabadanes ó porquerinos tendrán lo que buscaron.

Que prediquen, que propaguen, puede pasar; pero como sus miras están puestas en el cajón del pan para mermar la ya escasa ración del hombre de trabajo, éste, cuando propina algún *moquete*, defiende algo vital é ideal, aunque más lo segundo.

Así andan las cosas por haber los señores católicos tirado mucho de la soga.

Y con los *mamporros* y *moquetes* de la calle del marqués de Villamejor se ha entrado en una nueva etapa de la actividad obrera.

J. J. MORATO

—Ven aquí, Cacaseno, que voy á explicarte los misterios de nuestra Santa Madre Iglesia.

—¡Muy bien!

—Empecemos por la Santísima Trinidad.

—¡Bravo!

—La Santísima Trinidad es una cosa que no se puede comprender.

—¡Qué lástima!

—La pureza de la Virgen es un misterio.

—¡Caramba, qué pecado!

—Dios siempre fué Dios y siempre lo será, pero nosotros no podemos concebir el infinito.

—Perdone, padre; ¿pero no me llamó usted para explicarme...?

—Sí, para explicarte... Que no puedes entender nada.

## A LA LUCHA

La sociedad de Autores Españoles

Leemos el siguiente telegrama:

BARCELONA, 16. *El Progreso* protesta contra la alocución de las damas católicas, declarando el *boycott* al Teatro de Novedades, con motivo de la representación de *Cassandra*.

*El Correo Español* reproduce fragmentos de las obras de Galdós, calificándolos de infames provocaciones anarquistas.

Denunciamos el hecho á la Sociedad de Autores. Ella debe saber que hay *teatros públicos* cuyos propietarios tienen excluida la representación de obras de tendencia liberal.

Estos excesos deben ser cortados por lo sano. La Asociación está en el imprescindible é improrrogable deber de *prohibir* en estos teatros exclusivistas, las obras del repertorio nacional.

¿Quieren teatros clericales? Sea así, pero que conste.

Por su parte la Sociedad puede prohibir la representación de sus obras á toda compañía de artistas que tomen parte en espectáculos de *teatros esquirols*.

UN AUTOR ASOCIADO

*El tormento en los conventos*

## Un libro y una historia

El ansiosamente esperado libro de *Fray Gerundio* sobre la tortura clerical y monástica, por fin ha aparecido con el título que encabeza estas líneas.

Ya era tiempo; de la relativa tardanza no puede culparse al autor; debía esperar á que se publicara en *El Diluvio* de Barcelona, del que es redactor, el último trozo de los que componen este trabajo, y que eran leídos con creciente avidez. Después, otras dificultades imprevistas.

Ya lo tiene el público al alcance de su mano; un tomo bonito, elegante cubierta, muy original, doscientas doce páginas de bien impreso y claro texto, un prólogo del que suscribe, un epílogo de Nakens, textos latinos de las leyes que prescriben el tormento; la estadística del monaquismo en 1808 y la abrumadora de 1908. El precio, una peseta, pues no se han propuesto autor y editores el lucro; su fin raya más alto; divulgar, enormemente, la realidad de la tortura en las regiones de la Iglesia.

Acaban de llegar á Madrid los ejemplares para la venta; *EL MOTIN*, y el librero-editor Beltrán, Príncipe, 16, los tienen ya disponibles. La edición, muy larga, apenas exhibida en Barcelona, se agotaba el primer envío; luego otro, y otro, á pesar de que... Este libro tiene una historia, que es todo un síntoma nacional.

Publicados sus primeros capítulos en *El Diluvio*, el neísmo tuvo un momento de estupor; se iba á saber el grande, el horrible secreto, el borrón indeleble del catolicismo, la deshonra de la Iglesia, y esto en Barcelona, á raíz de los sucesos de Julio. Vino luego la ira y empezaron las diatribas, las amenazas y las secretas gestiones para impedir que los artículos continuaran apareciendo. Insultos y mentis sobre el autor, á millares.

Pero él, lejos de amilanarse, retó solemnemente, por tres veces, á todo neo, cura, fraile ó jesuita á que le probase la falsedad de uno solo de los horribles textos que publicaba en castellano con su original latino, y expresado el libro, edición, fecha de la impresión, etc.

No hubo un guapo que aceptara el reto; no era posible. El mismo caso del que retase á los protestantes á demostrarle que Zuinglio no fué un miserable. Teodoro de Beza un malvado, Calvino un sodomita, verdugo y asesino cruel, un canalla de lo más vil.

El neísmo apagó sus fuegos; pero acaeció la ocasión de estropear la obra de *Fray Gerundio*. Por lo pronto, varios periodistas, muy liberales, ¡vaya!, dieron en ir propalando que todo lo escrito por el clérigo de *El Diluvio* eran fantasías y exageraciones; que no hubo jamás tormentos en las casas religiosas, no los hay ahora; decirlo, es poner en ridículo el liberalismo y el librepensamiento.



miento con calumnias groseras. Habían aprendido los tales muy bien esta lección, que, por su parte, iban repitiendo curas, frailes, beatos y señoras; el autor de los artículos, impertérrito.

Se anuncia que de todos ellos se formaría un libro, ¡horror!; esto faltaba. Nuevas intrigas cerca de los editores para que ninguno se hiciese cargo de tal obra. Pero hubo uno: un héroe, Valls y Borrás (Carmen, 20, Barcelona), con quien todos los buenos hemos contraído una deuda. Y hubo libreros, á cientos, que, desde la América del Sur hicieron pedidos, y dos traductores dispuestos á darlo á conocer en Francia y en Alemania... Y cuenta que *El Diluvio*, por un sentimiento de delicadeza, muy natural, no hizo otra propaganda que anunciar el libro dos ó tres veces; ¡cómo estará de calentito el horno de la opinión!

No me atreveré á decir que de ciertas dificultades materiales haya sido causante el clericalismo; pero lo cierto es, y me consta, que se repiten siempre que se edita un libro de este jaez. Han desaparecido, en la encuadernación, trescientos ejemplares de un pliego, y ya tenemos otros tantos inservibles; otros trescientos tomos se han evaporado, no se sabe cómo, y ya van seiscientos perdidos; rémoras, entorpecimientos... ¡Para un tomo sencillo y corriente! ¡Es singular! A mí me ha ocurrido lo mismo dos veces.

Más aún, y aquí entran los neos al descubierto. Se colocan en las esquinas sugestivos carteles; figura en ellos la escena de tormento en una casa de monjas; llaman la atención; el neísmo echa baba. A la mañana siguiente, los carteles todos, como por milagro, han desaparecido, y hay caricandas que se envanecen de haberlos arrancado.

Es poco. Se anuncia que van á denunciar el libro; ¡en tiempo de Canalejas! Pero le toman el pulso y hallan que no es denunciabile; ¡si está formado con textos de reglas conventuales! Paciencia y tragar bilis. No obstante, en el Palacio Episcopal gestionan, con las autoridades, no sé si mayores ó menores, y la policía (oído á la caja), canalejistas, digo clericales mal disfrazados; la policía hace quitar de los kioscos los carteles que anuncian el libro de *Fray Gerundio*. Libreros tímidos lo quitan de sus escaparates. Ya hizo esto mismo López, el de *La Esquella*, con otro libro del mismo autor (*Memorias de un fraile*).

¡Es calvario, eh? El nos prueba lo que el libro vale. Vale tanto, que no hay aquí espacio para explicarlo. Ahora, en tiempo de elecciones, supremo esfuerzo del clericalismo, no tiene precio para leído en casinos, círculos y hogares, sobre todo de los pueblos.

En sus páginas cita la gran ramera llamada Iglesia romana, al desnudo, con toda su bestial crueldad, probada por textos que escribió ella misma, no previendo que eternizaba su propia infamia.

Este es el servicio que debemos á *El Diluvio* de Barcelona, al editor y á *Fray Gerundio*; una demostración irrefutable é indiscutible de que en los conventos se da la tortura; ¡hasta á los niños!, con autorización del Papa y de toda la Iglesia católica, la única institución del mundo que conserva el tormento en sus leyes escritas. Eso, ¡oh infelices perseguidos por el clericalismo! Honrados

liberales, podéis ya restregárselo por la jeta á todo cura neo, fraile, carcunda, misionero, ó lo que se llame el clerical; eso servirá para el mitin, para las Cámaras, el libro, el periódico, y hará bien de guardarlo la familia como antidoto contra las captaciones monacales sobre sus hijos; al estadista le servirá de mucho algún día.

JOSÉ FERRÁNDIZ

## ¡Viva la igualdad!

Aplaudo al gobierno por haber levantado la orden que mantenía cerradas las tabernas los domingos.

Era una injusticia que debía repararse, para no atentar al principio de igualdad. Si estaban abiertas las iglesias ¿por qué cerrar las tabernas?

En ambas se emborracha el hombre: en las tabernas, de vino; en las iglesias, de odio.

La materia puede salir degradada de las primeras; de las segundas sale degradado el espíritu.

¿Y no es el espíritu superior á la materia, según los católicos dicen?

Pues atendamos á cortar el mal mayor, que es la borrachera del espíritu.

Y cuando lo hayamos conseguido, nos ocuparemos de la de la materia.

## Las escuelas laicas

Frutos infames que producen:

El diario italiano *Avanti* denuncia en su número 347 á un sacerdote de las proximidades de Cercefo, por haber violado á una niña de siete años.

\*\*\*

Dos curas de Civitavecchia han sido procesados por haber sido sorprendidos pegando carteles subversivos en las cercanías de Roma.

\*\*\*

Ernesto A. Antoney fué á ofrecer sus servicios de profesor de inglés á José Félix Gómez, párroco de Mercedes de San Luis (República Argentina), y á la segunda entrevista le hizo el hombre casto proposiciones indecorosas.

El solicitado le administró unas cuantas bofetadas y corrió al departamento de policía, y después lo hizo público en la prensa.

¡Ah, escuelas laicas!

¡Malditas seáis!

## Siguen mandando

En la mañana del 5 del actual, encontrándose Miguel A. Cabezas, de Euguera, dentro de su casa, cubierto y en conversación con un amigo, fué interrumpido por una voz que le decía furiosamente: «¡Grosero! queda usted denunciado.»

Miró y enterose que la voz era del juez de instrucción de aquel partido,

que acompañaba al cura á dar la comunión á los impedidos.

Al día siguiente se le citó para comparecer en juicio de faltas, que se celebró el día 8; y á pesar de constar en la denuncia, hecha por un cabo de la benemérita, que el demandado estaba dentro de su domicilio, y deponer lo mismo los testigos de cargo, y que no había hecho demostración ni gesto alguno incorrecto, fué condenado á diez días de cárcel y treinta pesetas de multa.

Ha apelado de la sentencia, y si ésta se confirmara en segunda instancia, acudiría al Tribunal Supremo para que lo amparase en su derecho y estableciese jurisprudencia para casos análogos.

Nada, que siguen mandando los clericales.

Y seguirán mandando, mientras no venga un gobierno que, sin otro objetivo que el de salvar la libertad, barra á los empleados de todas clases y categorías que se opongan á su ejercicio, sin respetar derecho alguno ante la salvación del pueblo.

Los conservadores han dictado leyes de inamovilidad, después de llenar la magistratura y la administración de clericales. Pues dieten otra ley los liberales para echarlos fuera y colocar á los suyos.

Y mientras no hagan esto, gobernarán de limosna.

*Y decía filosóficamente un torero, mirando en un puesto de periódicos de la calle de San Bernardo la caricatura de "El Motín" en que aparece uno de su oficio entre un fraile y un jesuita:*

—¿Quién habrá sido el asaura que nos ha puesto á nosotros entre estos tíos? Nosotros nos ganamos la vía honradamente.

## Al Director de Prisiones

Copio de *El País* el siguiente telegrama fechado en Linares:

«Ha causado gran indignación en la opinión pública la noticia que ha circulado respecto á las frecuentes palizas que se propinan á los presos, ordenadas por el director de la cárcel, que constantemente se encuentra embriagado.

Llama mucho la atención el caso de que las autoridades no pongan coto, manifestando que carecen de facultades, y solamente les compete el comunicarlo á la Dirección de Penales.

El citado funcionario, que ya ha sido corregido por faltas públicas, resulta inmune en su destino, según disposiciones recientes, dictadas indudablemente sin intención de enlazar el vicio ni amparar crueldades.

Los elementos progresivos se proponen realizar actos públicos, suficientes á evitar los atavismos inquisitoriales.—Irbin.»

Sr. Navarro Reverter:

Buena ocasión para exhibir un rasgo de justiciera energía.

Sírvase enterarse por sí propio de lo que ocurre en Linares, pues si manda á cualquier inspector, pudiera darse el caso de que no se informara bien.

Pero antes, si le es posible, deje arre-



glado lo de la Cárcel de Madrid á que se refiere este suelto de *El Radical*:

«A pesar de las reservas, se ha sabido que los reclusos de nuestra prisión celular están descontentísimos con los empleados, por creer que domina cierta tiranía, reñida con la humanidad, en dicho establecimiento penitenciario.

En una semana ha habido ya dos planes, y la última vez precisó la intervención de la guardia para reducir á los revoltosos.

Se castiga con demasiada frecuencia y tan severamente, que cualquier día podría ocurrir algo desagradable, de lo que serían culpables, naturalmente, los empleados de la Cárcel, por su abuso en el cumplimiento de sus funciones.»

Conozco el paño y calculo cómo andará aquéllo.

Cuando pienso los horrores cometidos en la Cárcel en otros tiempos, y en que pueden haber vuelto, siento compasión infinita por los desventurados presos.

¡Sr. Navarro Reverter! Si no por justicia, haga por caridad que nadie abuse de la desgracia, ni explotándola, ni martirizándola.

Mientras más tiempo pasa desde mi salida de la Cárcel, más compadezco á los que están en ella.

Si por algo deseo que Salillas venga á las Cortes, es porque España y el mundo se enteren de las infamias que ocurren en nuestras cárceles y presidios, no porque sea ó deje de ser republicano.

La justicia no debe tener filiación política.

## Satisfacción debida

Señor administrador de Correos de Nules:

Retiro cuanto dije hace días respecto á usted, referente á la detención de paquetes de *El Motin*.

Me han enterado amigos queridos de que es falso cuanto me dijo el correspondiente Francisco R. Martínez, y que lo inventó para tener un pretexto de dejar la venta, influido por los clericales ó por su familia.

Los mismos amigos me hacen grandes elogios de usted, ponderándome sus condiciones como empleado y como hombre.

Y yo tengo á honra el decírselo al público, no sólo por ser justo, sino porque nada me duele tanto como causar á cualquier persona decente una molestia innecesaria.

Lo ocurrido con usted me ha dado una lección, que aprovecharé, no volviendo á quejarme de las faltas que se me denuncian de ningún empleado en Correos, sin dirigirme antes directamente á él, para que me informe.

Pues hay, por lo visto, algunos caballeros que tratan de achacarles á los empleados faltas que no cometen, para no pagar los unos, para dejar de vender *El Motin* los otros.

En fin, que le ruego me dispense la molestia que le haya causado lo que le dije, siquiera por las muchas que ahorrará en adelante á sus compañeros.

## Clericales enteros y á medias

Quedamos en que hay una gran prensa anticlerical y unos grandes políticos anticlericales y unos señores míos anticlericales... Y, cierto: los clericales les apostrofan, predicán contra ellos la guerra santa, les insultan desde todas partes, insultan á sus mujeres é hijos...

Y ellos, de por sí, no se atreven á llamarse clericales.

¡¡¡Pero...!!!

Pero tienen á grande honor ser visita del obispo, tener un canónigo contertulio y ceder la presidencia de la mesa de familia al fraile.

Pero se avergüenzan de que un anticlerical famoso les llame amigos y les salute por la calle.

Pero se casan católicamente y pagan entierro de primera y solicitan la bendición apostólica.

Pero llevan sus hijos al colegio fraileluno á aprender á decir pestes del racionalismo.

Pero podrá vérselos en alguna procesión; jamás, ni por casualidad, en una manifestación anticlerical.

Pero los obispos no les excomulgan y los frailes les lisonjean.

..

Y ahora díganme, señores míos ¿á quién se la estáis pegando, á los clericales ó á los anticlericales?

..

Ya sé lo que decís: que la franqueza es contraproducente... que el radicalismo es utópico y de mal gusto...

¡So... clericales! ¿No hacéis vosotros, los neutros, el buen gusto y lo viable? Pues vosotros sois los causantes cínicos de esos males, tras de los cuales os excusáis.

## Acreeador macabro

En los Santos, pueblo de Extremadura, mataron alevosamente tres hermanos el domingo de Piñata á un joven muy estimado, que era el único apoyo de su madre, viuda.

Tal impresión causó el hecho, que espontáneamente fueron suspendidos todos los bailes y fiestas que había organizados; teniendo las autoridades que hacen grandes esfuerzos para evitar un lynchamiento.

Pues bien; ante el duelo general, y ya practicada la autopsia del cadáver, surge el clérigo Isaac, tipo ridículo, con facha de cabeza parlante de feria, y que trapichea en relojería, con la pretensión de que no fuese enterrado el joven, has-

ta que no se le pagara el entierro de su padre, que no le había satisfecho. ¡El momento no podía ser más oportuno, para cobrar una obra de misericordia!

Un señor Tovar, indignado ante aquel cinismo, calificó de grosera é impropia de un sacerdote aquella pretensión.

Permitame ese señor que me sonría.

¡Impropio en los curas el pretender cobrar una deuda á un cadáver, caliente todavía, cuando viven de girar letras de salvación al Purgatorio?

Veo que no conoce la clase.

## Comentarios al manifiesto de la "Acción Católica"

«Nosotros, los futuros ciudadanos...»

Es decir, los que *han de ser*. ¿Con qué derecho, pues, terciáis en las cosas de la ciudadanía, si *aún no sois* ciudadanos?

«...los que dentro de poco, con nuestras virtudes cristianas...»

¿También la virtud la dejáis para luego? Por más que esto es consecuencia de lo otro. ¿Qué de particular tiene que no sean *aún* virtuosos los que, según propia confesión, no son ciudadanos *todavía*?

«...hemos de ir á la vanguardia de la restauración integral de la sociedad.»

Si que prometen los *luisitos*. Nada menos que «la restauración *integral*» de la sociedad. ¿Dónde, obispos, habrán encontrado esa palabra?

Pero, ¿cómo van ustedes á *integrar* nada mientras no *reintegren* al sentido común de los latrocinios que le llevan hechos?

«Y luego acudiremos á nuestros prelados para pedirles que aparten con su bendito cayado los lobos que quieren devorarnos.»

Pueden ustedes excusar la diligencia, señores de la Acción..., que ya se apartarán ellos sin otra instancia que el espíritu de conservación, pues no son tan tontos los lobitos que se paren al alcance la hienas con cayado... ó sin él.

«Hemos de ir á la vanguardia...»

¿Qué arrestos... *luego* de la semana trágica! Entonces sí que hubo ocasión para *lucirse*. Pero habiendo dejado arder los conventos sin la menor resistencia, no hay por qué salir con esas arrogancias... católicas.

«No podemos permanecer por más tiempo en silencio.»

Lo comprendemos. Las alcahuetas no pueden estar mucho tiempo sin chismorrear. Además, estuvieron tanto tiempo *recogiditos* cuando los sucesos de Julio, que ahora sienten las naturales expansiones... de la lengua.

«Si prevaleciesen los intentos de los enemigos de Dios...»

No creeríamos en su omnipotencia. Y como probablemente prevalecerán... Saca, lector, la consecuencia.



Pero, ustedes, señores de la Acción..., no debieran sospecharlo siquiera, pues con esa duda los primeros en desconfiar de la tal omnipotencia son ustedes. ¡Serían herejes!

«Pretenden entregar los niños á los enemigos de nuestras glorias.»

Precisamente. Hay muchas glorias entre vuestros *flaminios*, digo, hay muchos *flaminios* entre vuestras glorias, para que les entreguemos los niños.

¡Pobrecitos, si no tuviesen para su educación otros mentores que los vuestros!

«Hemos de dar el mayor de los consuelos á nuestro Santísimo Padre el Papa y un día de gloria á nuestros amantísimos prebostes los obispos españoles.»

Por lo que respecta al Papa, no echen en olvido que lo que más le consuela son los donativos en metálico. Y en cuanto á los obispos, en vez de veinticuatro horas de gloria, *presente* que está al alcance de todas las fortunas, lo mejor sería allanarles el camino para que consiguiesen la eterna, cosa difícilísima mientras no dejen de ser lo que son: *obispos*.

«Las escuelas laicas son semilleros de enemigos de Dios y de la Patria.»

Mucho que se os dará á vosotros de esto. ¿Tenéis, por ventura, Patria? ¿Acaso tenéis Dios?

Aunque es mejor que no tengáis ni una cosa ni la otra, pues si las tuviérais, las hubiérais deshonrado.

«No queremos ser bárbaros y salvajes.»

Por fin... se arrepienten.

Por más que veo difícilillo que puedan conseguir la enmienda.

Yo tampoco quiero ser viejo y... no podré dejar de serlo.

Y tan *inmutables* como sean los *achagres* de la edad, son los del instinto y la sangre.

«No queremos renunciar á la civilización.»

No os conviene, pues ella es tan buena, que hasta vosotros, los católicos, podéis vivir á su amparo.

En cambio, á ella, á la civilización, le tendría mucha cuenta renunciar á vosotros.

«No queremos renunciar á nuestra Patria.»

A Roma, pues, con esas añoranzas; pues vosotros no tenéis más patria que el Vaticano.

«No queremos vilipendiar á nuestro Ejército.»

No faltaba más sino que luego de asestarlo vil y cobardemente, vomitárais injurias sobre sus cenizas.

Y si es que os referís al negro, al ejército negro, el único que os pertenece, tampoco es menester que lo mancilléis, pues ya lleva consigo el vilipendio.

«No queremos despreciar nuestra bandera, símbolo preclaro de tantas glorias.»

Como Saballs, Santa Cruz, Cabrera, Rosa Samaniego, Cucala..., etc., etc.

«No queremos romper los lazos santos y queridos de nuestras familias.»

Y el que lo dude, que lea lo que escriben á continuación del párrafo transcrito:

«Nosotros tenemos por Padre á Dios, por Madre á la Iglesia y por morada el Cielo.»

Esto es más elocuente que todo lo que yo pudiera decir acerca de cómo defienden «los lazos santos y queridos de la familia» los partidarios del celibato y la vida monástica.

«No queremos escuelas laicas; no, y mil veces no.»

¿Y para qué negar mil veces? Con la décima parte, esto es, con *ciento*, tienen ustedes bastante... para expresar toda la enemiga.

«Queremos escuelas católicas, maestros católicos, libros católicos...»

¿Y por qué no el plumero, el perche-ro, el basurero y otra porción de útiles y *dependencias* anexas á la escuela?

Porque sería muy expuesto para los niños católicos el contacto con enseres profanos.

¿Y no digo nada del riesgo que correrían esos niños al evacuar... cualquier consulta sin licencia del ordinario y sin estar bendecido el lugar... de la *entre-vista*!

PEDRO MARTÍNEZ

## Obra de justicia

Se ha firmado por fin el Real decreto disponiendo que en lo sucesivo los haberes del personal del Cuerpo de Prisiones sean satisfechos por el Estado.

Me alegro por los vigilantes y ayudantes exclusivamente; de administrador para arriba, hay muchos que tienen la resignación necesaria para no preocuparse del sueldo.

Y me felicito de paso por haber contribuido algo á que se llegara á esa solución.

## Importante

Se ruega muy encarecidamente á todas las Corporaciones republicanas, libre-pensadoras, masónicas, espiritistas, socialistas, sindicalistas, anarquistas y protestantes que sostengan alguna escuela neutra, llámese ésta laica, racionalista ó simplemente neutral, tengan ó no establecida la coeducación, manden su dirección y demás detalles que crean oportunos, á la Asociación Nacional de Profesores Racionalistas—Piamonte, 2, Madrid,—con el fin de participarles un asunto de transcendental interés para todos estos centros de cultura y educación.

Igual encargo se hace á los profesores que tengan escuelas de este carácter de su propiedad particular.

A unos y á otros se les suplica escriban lo antes posible, porque así lo exi-

gen las circunstancias especiales porque atraviesa nuestra nacionalidad.

## Libros en venta

Habiéndose terminado mucho antes que yo calculaba las existencias de algunos de los libros anunciados con rebaja de precio, doy en este número la relación de los que me quedan:

DE TRES PESETAS TOMO, Á UNA

*Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñado de ironías.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dedicatorias.—Mi paso por la Cárcel*, por José Nakens.

TEATRALES, DE PESETA EL TOMO, Á 30 CÉNTIMOS

*Y dice el sexto mandamiento*, por ídem.

DE CINCO PESETAS, Á DOS

*La Iglesia y la moral* (dos tomos), por Laurent.

DE CINCO PESETAS, Á UNA

*Moral jesuítica*, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE DOS PESETAS, Á 0,75 CÉNTIMOS

*Gente nueva*, por Luis París.

*La religión natural*, por Meslier.

*El Testamento del cura Juan Meslier*.

DE UNA PESETA, Á 30 CÉNTIMOS

*La Serpiente Negra*.

*La Sina de Igúzquiza*.

*Tigre tonsurado*.

*El Voto de Castidad*.

DE 60 CÉNTIMOS, Á 0,25

*A dónde conduce el socialismo*, por Eugenio Ritcher.

El total de todas, á los precios marcados, es de 3 pesetas, más 25 céntimos para el certificado.

Sueltas, hay que enviar también, además del precio, los 25 céntimos.

A los muchos lectores que tienen pedida *La religión al alcance de todos*, y no se les ha servido por haberse agotado en pocos días más de 1.500 ejemplares, les advierto que se está imprimiendo la *Trigésima segunda* edición.

Esta verdadera turía por adquirir libros anticlericales, me ha probado:

Que hay ya en España verdadera ansia de acabar con la farsa religiosa.

Y que existen más lectores de los que imaginamos, pero sin medios para adquirir libros caros. En cuanto han visto la ocasión de comprarlos baratos, la han aprovechado.

Como esto siga así, yo les prometo editar en plazo breve libros interesantes y demoleadores.

Y tendrá gracia esto de que en el último quinquenio de mi vida (creo que no tengo cuerda para más), pueda hacer lo que siempre deseé: una propaganda extensa, muy extensa de las ideas anticlericales, de las que estoy más enamorado cada día, por ser las únicas verdaderamente honradas, justas y civilizadoras.



## ¡SÓLO PARA HOMBRES! SICALIPSIS MONASTICA

V

### ¡La sonámbula!

Te llamo y no vienes;  
en eso das á entender  
la mala sangre que tienes.

La Humanidad tiene derecho á cohercer un secreto de confesonario de cuya exactitud respondo.

Era una preciosa joven de Cartagena, hija de padres piadosos, y por ellos encauzada hacia la dirección espiritual de un *padrecito de almas* que por el hilo del alma saciaba el ovillo de los cuerpos. Oíalo ella como si oyera á un *ángel*; se entregaba á él con más confianza que á su padre. El confesor determinó llevarla á Dios, que, por lo visto, no estaba en casa de los papás; la hizo fugar al convento; profesó Hija de la Caridad de una de cuyas casas era director espiritual el diablo-presbítero, ella con la esperanza de tener más libertad para platicar con él, y éste con la de apartar los estorbos *mundanos*. Así logróse... pero...!

Percatada la Comunidad de los trapicheos místico-pardos de la Hermana y del confesor, lleváronla á otra casa. Allí desarrollóse la mujer: de sus carnes brotaba la exuberancia de vida, la expansión de color, de belleza y de fuego amoroso. Los hombres sentíanse atraídos por aquella fuerza arrastradora. Las Hijas de la Caridad utilizaban ese atractivo para pedir á los diputados el apoyo en las pretensiones del instituto; pero, advertida la superiora de los hechos de autos anteriores, no la dejaba á sol ni á sombra. Sólo en el confesonario ó á hurtadillas con el «virtuosísimo confesor ordinario» la dejaba con alguna tranquilidad, diestramente aprovechada por la lascivia para arrastrarlos á lo más que las circunstancias permitían y que el lector puede imaginar.

La joven Hermana tenía fe vehemente; *creía* que pecaba; *sabía* que sus confesiones con el cómplice eran nulas, por más que éste intentase convencerla de lo contrario. La desgraciada Hermana se sentía condenada; en los ardores de la carne indomable presentía su alma las llamas del infierno implacable y eterno y la eterna vergüenza de su hipocresía profesional. Sus ensueños eran horribles; las meditaciones servíanla de suplicio; cada acto religioso y cada comunión un sacrilegio. Dominada del pudor, la simple mirada de un transeunte la sonrojaba y aturdió, temerosa de que sorprendieran en su fisonomía las huellas de su «pecado».

Enviaron á la casa un capellán bastante digno para respetar la profesión de aquellas mujeres y bastante discreto para comprender esas luchas. La joven Hermana tuvo confianza para hacer lle-

gar á sus manos un escrito explicándole su estado. La superiora, apercibida de la inclinación de la inferior, se interpuso para impedir toda confidencia, á pesar de lo cual logró el capellán significar á la desventurada prisionera un *medio convencional* de confesarse válidamente y de corregirse en lo posible.

León XIII, bien conocedor del estado indescriptible de estas criaturas, quiso suprimir de la Iglesia este escándalo sacrilego, mandando que ningún superior religioso pudiera coartar la libertad de los súbditos en elegir confesor cuantas veces quisieran. No convenía á los frailes esta medida, contra la cual conspiraron hasta imponer al Papa su enmienda.

Valencina, en el libro *Flores del claustro*, guarda profundo silencio sobre los abusos que se cometen en tal orden. En las *Cartas á Sor Margarita* pasa como sobre ascuas por este asunto, publicando que hay *preladas* que se entrometen en las confesiones de las monjas, que las prohíben cuando quieren la comunión y aun entran en lucha con el confesor. He aquí unas frases de la pág. 357:

«En esto hay superiores tan exageradas, que han prohibido á la súbdita cumplir la penitencia sacramental, como si su autoridad y jurisdicción llegara á tanto. ¿Quién es ella para entrometerse en el foro sacramental? ¿Quién le ha dado poder para ello? Yo bien sé que los confesores deben ser muy mirados en conceder ó imponer grandes penitencias, pero sé también que las Preladas deben sujetarse y no oponerse á los designios de Dios sobre sus hijas ni medir el espíritu ó valor de éstas por su propia flojedad y cobardía.

«Es muy triste y doloroso lo que alguna vez acontece acerca de esta materia...»

Al leer esto, el crítico se siente tentado de creer que el fraile trata de arrancar de la confianza y poder de la priora las monjitas, como las arrancó de la familia. ¡Hay casos! Y hay también otros en que el confesor y la priora entran á matar disputándose la presa, que se encuentra entre las dos *barbaries*.

Volviendo al caso propuesto, el medio concertado entre el capellán y la infeliz monja era que en el acto de la comunión, al volverse él desde el altar para dar la bendición á las comulgantes, ella indicase con los dedos y disimuladamente el número de sus faltas con el confesor: en vez de la bendición él le daría la absolución.

Recobró la víctima la paz y la salud antes alterada. No supo ser tan discreta que en sus dichos ó hechos no acusase su simpatía por el capellán: esto motivó que las superiores urdieran una trama para echarle á él por no convenirles perder la influencia de la hermana.

Privada de este socorro, ella volvió á sentirse condenada; al poco tiempo cayó con una afección hepática. La muerte acudió á ella veloz. En la enfermedad pidió de confesor al capellán: se lo ne-

garon. Cinco días pasó la infeliz tentada en el mismo lecho de muerte por el padre-seducor, entre congojas agónicas y visiones infernales.

¡Basta...!

El cuadro es trágico. La sociedad toda, con sus escuelas, sacerdotes, magistrados, leyes, cánones, dioses y diablos, se habían convenido para asesinar á aquella criatura entre horribles sufrimientos de la privación conventual y de la creencia infernal. *Creerse* condenado, es estar condenado. Menos sufre en el presidio el que se cree inocente, que el hombre de conciencia que se *crea* criminal. ¡La fe!... ¡Oh fe horrible; horrible realidad del alma que haces ilusoria la realidad y das realidad á las ilusiones pavorosas!

¡Oh, arma poderosa y mágico secreto que podías hacer la felicidad del desdichado, y que en manos del catolicismo satánico haces más infeliz al infeliz, y al venturoso le envenenas la felicidad!... ¡Oh, fe, que en vez de traer el cielo á la tierra, has traído el infierno!... ¡Oh, fe diabólica, fe malvada, fe que trajiste el pecado, la ira de Dios, el imperio del diablo!... ¡Oh, fe creadora del infierno!... ¡Madre del infierno!... ¡Comisionista del infierno!...

No sabemos á punto fijo el valor de lo que va á contarnos en el capítulo «Estando él ausente» el P. Valencina. Nos explica el fenómeno de la llamada en mística «sequedad ó aridez de espíritu», en cuyo estado se siente la *ausencia de Dios*, es decir, según notamos en otra parte, el retorno á la realidad y la insipidez del espiritualismo.

En otros libros el fraile es más explícito al señalar las causas y circunstancias de estas *arideces* y soledades desoladas. Cuando yo me dí brutalmente á la mística, sentí esas depresiones del fervor. No he sido monja y no sé hasta qué punto puedan tener paridad en ambos sexos estos fenómenos.

Mas, por lo pronto, compréndese que, verificándose aquella *presencia de Dios* en el universo y en todas las cosas, por medio del esfuerzo evocativo de la fantasía y de la rápida y vehemente asociación de ideas espirituales con las cosas físicas, hasta hacer en cierto modo insensible la *realidad* para sentir en ella la idea espiritual que se atribuye á cada hecho y á cada objeto; todo ese trabajo requiere un extraordinario consumo de energías cerebrales necesario para mantener la tensión nerviosa de esa doble visión psíquica.

Esta segunda visión que con fátua ampulosidad los místicos llaman espiritual, es una simple aplicación del principio sensitivo: «localizamos las sensaciones en el sitio donde solemos hallar la causa ó condición que suelen producirlas» (*Paul Bert*). La asociación de ideas nos hace sentir en cada objeto los otros con los cuales lo hemos asociado por algún acto precedente. Presupuesto un espíritu, sustentador universal, la palpación del Universo es la palpación



de ese *Espíritu*, llámese como se llame.

Pero, por grande que sea el hábito en este ejercicio, es la ley de la sensibilidad la fatiga y asco siguiendo á la saturación del sentido, y al consumo de su energía sensitiva; y por más variedad que se dé á los juegos malabares místicos del convento, llega un momento fatal en que este cambio de sensibilidad orgánica transforma la expresión de las cosas. El oído se cansa de escuchar, el ojo se irrita de mirar, el cerebro se niega á funcionar: á una tensión de nervosidad frenética, sucede la lasitud, el esplin, el aburrimiento, el mareo y la nostalgia de cambio de sensaciones.

\*\*\*

En la psicología femenina estas variaciones son mayores y más rápidas que en el varón, siguiendo la oscilación fisiológica. El organismo que en la doncellez juvenil arde en amores más ó menos definidos y burlables, con la edad, con la acumulación de grasas, con el estallido de la matrona, verifica el cambio de sensibilidad y de impresionabilidad: no es sólo la inclinación sexual, sino la necesidad *maternal*, abriendo el alma á otros idealismos, inclinándola á otros atractivos. Como en la joven amante y frenética murió la niña indiferente, así en la matrona muere la joven.

\*\*\*

Claro está que el *fraile* ha estado matando la *conciencia* de madre en la monja; pero, por más que haga no logrará sino distraer el centro consciente y reflexivo de la idea de la maternidad y aún sabrá hacerla odiosa; mas el organismo, impulsado por el ímpetu natural, reclamará esta maternidad en todos aquellos órganos y en todos aquellos momentos en que la conciencia artificial se paraliza ya por propio cansancio del organismo psíquico, ya por el ímpetu avasallador de las fuerzas físicas.

Y en tales casos, la *visión espiritual* se nubla; la savia monjil espiritual es impotente para retener las imágenes; las glándulas segregan sobre el cerebro el baño de la realidad y del *deber físico*.

En un capítulo especial veremos cómo el fraile burla en la monja el sentido maternal, enseñándole á concebir y parir virginalmente.

\*\*\*

La monja no sabe que estas crisis espirituales son *crisis de la carne*, causantes de las depresiones y exaltaciones del espíritu. En vez de reconocer la sabiduría del instinto, el fraile le ha enseñado á abominarlo y á no verlo; la *voz de la carne* se oye—á su decir—cuando calla la voz del alma. No halla ya á Dios en las cosas, porque se ha perdido el jugo óptico que lo colocaba en ellas, y si lo ve, es desaborido, asosado y entontecido.

S. PEY ORDEIX

(Continuará.)

## Pueblo feliz

Los partidarios de las religiones y creyentes en Dios aducen siempre que una de las pruebas incontrastables de la existencia de ese ser imaginario, es que no se conoce pueblo ni raza que no tuviera dioses, más ó menos numerosos y variados, culto y creencias religiosas.

La afirmación ha sido desmentida, porque son ya numerosos los exploradores que han descubierto razas sin religión. A ellos se agrega ahora el famoso explorador del Polo Norte, capitán Peary, quien describe así una población de esquimales sin religión y, por lo mismo, bondadosos y felices:

«Los miembros de esa pequeña tribu, que habita la costa occidental de la Groenlandia, desde el cabo York hasta Etah, son, en muchos conceptos, diferentes de los esquimales de la Groenlandia dinamarquesa, y de los de cualquier otro territorio ártico. Actualmente alcanzan á unos 220 ó 230. Son salvajes, pero que nada tienen de salvaje; no tienen gobierno, pero no carecen de leyes; carecen completamente de instrucción, si se les mide á nuestra talla, pero denotan un grado notable de inteligencia. Parecidos á niños por el carácter, con todo el placer que los niños encuentran en frusterías, no por ello dejan de ostentar una paciencia igual á la de los más reflexivos de los civilizados, y los mejores de entre ellos son fieles hasta la muerte.

«Sin religión y no poseyendo ninguna idea de Dios, comparten sus últimos viveres con todo hambriento, en tanto que el cuidado de los ancianos y de los inválidos les parece la cosa más natural. Son vigorosos y de sangre pura, no tienen vicios, ni licores fuertes, ni malas costumbres, ni siquiera la del juego. Todo lo cual hace de ellos un pueblo único sobre la tierra. Uno de mis amigos los llama los «anarquistas filósofos del Norte.»

Supongo que, al enterarse los católicos y los protestantes de que existe un pueblo sin Dios ni religión, procurarán llevarles misioneros que les prediquen la discordia, la brutalidad y el uso del aguardiente.

Por fortuna para los groenlandeses, no es fácil llegar hasta sus tranquilas viviendas.

## Aurora

Despierta la ciudad, torbellino de amores y de odios.

Pensando en el mundo de arriba, se piensa en el mundo de abajo.

Hay voces salvajes en un burdel inferno donde unas mujeres que no serán perdonadas por Cristo, viven torturadas por todos, ferozmente condenadas á sentir sobre sus carnes las vibras sensuales de todos los machos.

Pasan borrachos los hombres equilibrados que llaman asesinos, fieras, corazones de hiena, á los que tiran bombas.

Manos de niños, de mujeres, de ancianos, se tienden en la sombra, supliendo pan al paso atropellado de los hombres equilibrados, poderosos, firmes columnas del orden que de madrugada tambalea el vino.

Salen quejidos de los hospitales, desgües caritativos de las grandes cloacas de la ciudad.

Ruge la canalla de los presidios con música de grilletes y sierra que trabaja en la sombra.

En la inmensa jaula del manicomio saltan enloquecidos los hombres.

La Aurora grandiosa—¡salve, Aurora, salve!—se anuncia á rebato en las aguas de los templos, y Cristo desciende al Pan y al Vino para los poderosos que abofetean á todos los niños, á todas las mujeres y á todos los ancianos que piden pan.

Por el sendero van en fila unos hombres negros encorvados, ceñudos, sucios, hambrientos, haraposos, miserables, hacia los talleres y hacia los campos.

Ante todas las cuadras de todo el planeta, todas las bestias, caballos, bueyes, asnos, hombres, son enganchadas á todos los carros de todos los señores...

A. MUÑOZ DE DIEGO.

Oviedo 910.

## REMEMBRANZAS

La lucha entre el clericalismo y la razón se agudiza en España.

En las demás naciones un amplio espíritu de tolerancia informa análogas cuestiones, quitándoles agresividad y dejando que el progreso, con su obra lenta y firme, resuelva en definitiva con fallo inapelable.

Si todos los anticlericales laborasen en la medida de sus fuerzas, ¡qué pronto podría desembarazarse nuestra Patria de esa negra vestidura que la oprime y la ahoga!

Indudablemente la Verdad es la diosa del porvenir, mas debemos hacer los mayores esfuerzos por apresurar su reinado.

Hará cosa de un año se efectuó en San Fernando la inhumación del cadáver del obrero Juan Cumplido en el cementerio civil.

Al tiempo de sacar los restos de la casa mortuoria, salía de la próxima iglesia una procesión, y la muchedumbre se agolpaba á su paso.

Sobre un trono lujoso, la virgen del Carmen mostraba á los hambrientos su extenso manto recamado en oro.

Diversas representaciones civiles y militares daban realce al acto. Tras la comitiva un piquete de tropa con su música y cornetas al paso lento marchaba...

El cortejo fúnebre era bien reducido; ocho personas, que hubieron de apresurarse para pasar por delante de la procesión, antes que se interceptase el camino.

Yo iba con ellos y los observaba. Mar-



chaban serios y dignos, rodeando á su muerto, y así cruzaron por entre la multitud mogigata que con miradas hostiles los dejaba pasar.

Por fin salieron de la ciudad, cuyas calles seguían llenándose de gente, ávida de presenciar la exhibición religiosa.

Ya en el campo, aquellos obreros me parecieron ciclopes; era imponderable la fe en la verdad que irradiaba de sus ojos.

Y caminaban con esa majestad involuntaria del que cumple un deber de conciencia con honrosa valentía.

Dióse sepultura al cadáver y aquellos hombres se marcharon...

De la población venían los ecos de las cornetas que tocaban marcha tras la imagen. Allí estaba el pueblo congregado.

Yo comparaba... ¡Eran muchos allá! Acá... ¡Sólo ocho!

¡Pero tenían la fe inquebrantable que da la posesión de la verdad!

Pocos sí, mas ya irán aumentando, y llegará un día, para gloria de la Humanidad, en que serán tantos, tantos... que las imágenes se apolillarán en sus hornacinas y sólo serán visitadas, como lo son hoy las curiosidades artísticas de los museos.

MANUEL HUERTAS

## ¡Santos varones!

Una mañana, el maestro de la comuna de Buais (cantón de Le Teil-Clavados) recibió la visita de Toussaint Brault, cura de la parroquia, quien, en tono de amenaza, venía para prohibirle, bajo pena de excomunión pública, que dejase en manos de sus discípulos la historia de Calvet, *libro soberanamente inmoral*, según decía.

El cura no era un desconocido para el maestro; muchas veces había lanzado rayos en el púlpito contra la escuela laica y contra la pícara República francesa, que persigue á la gente decente; muchas veces los órganos republicanos de la región tuvieron que apaciguar los ardores de aquel fogoso servidor de Roma. El maestro se limitó á despedirle cortesmente.

Pues bien; á los dos días, el maestro veía, con gran sorpresa, cruzar al cura de Buais la plaza de la aldea entre dos gendarmes y en triste postura, por hallarse convicto de atentados al pudor y á las buenas costumbres respecto á niños confiados á su enseñanza, y eso desde casi dos años atrás; y tan convicto, merced á las declaraciones recogidas, que el tribunal ordenó prenderle; siendo lo más curioso del caso, que el propio teniente-cura de Brault había sido instado por algunos fieles para que hiciera una pesquisa sobre las maniobras escandalosas de su párroco, y pudo convencerse de la verdad.

Brault estaba comiendo cuando llegaron los gendarmes, quienes le invitaron á que terminase; se negó á ello, pero solicitó tomar algunos papeles en un cuarto próximo. Los gendarmes, temiendo que se escapara, lo siguieron, y vieron que de un armario sacaba, junto

con otros papeles, fajos de billetes de Banco.

El párroco Brault, que tiene cuarenta y nueve años, fué encerrado en la cárcel de Mortain.

Excuso añadir, después de referir los hechos, que este párroco se había educado en una escuela laica.

## Contrastes crueles

Hermosa era la mañana. Las nubes que cubrían el cielo fueron disipándose poco á poco hasta que el astro rey se descubrió dándonos vida con sus calóricos rayos.

Los pájaros revoloteaban, esparciendo sus armoniosos gorjeos alrededor de las plantas y endulzando las almas.

Un silencio profundo reinaba en toda la Cárcel; dibujábase una alegría juvenil en los rostros, hasta en aquellos que daban señales de haber padecido el dolor severo del encierro inhumano.

Parecía que todos aspiraban algo que consolaba hasta á los cansados de la vida. ¿A qué se debía tan extraordinario fenómeno? ¡Oh, virtud consoladora! Era que la primera autoridad eclesiástica vendría momentos después á bendecir á los reclusos.

La sala de actos, ricamente adornada con los artísticos ornamentos que requiere la religión, estaba repleta de presos, todos menores de edad, que iban á hacer la primera comunión, á dar su primer paso en la escala de la espiritualidad.

Una marcha pontifical anunció la llegada de Su Ilustrísima el obispo señor Laguarda, el Excmo. Sr. Gobernador, el Presidente de la Audiencia y varios invitados. El coro cantó *agnus dei qui tollis peccata mundi*, y Su Ilustrísima dió su plática, encargando á las almas sufrientes que busquen su salvación elevándose á la divinidad. «Y ya que habéis tenido la desgracia, dijo, de entrar en este santo edificio de justicia humana, causando la desesperación de vuestras madres y padres, que en el hogar llorarán la ausencia del hijo querido, fruto de sus entrañas, acudid á Dios, que él os sacará de este purgatorio humano.»

En la galería de presos políticos colocóse después una larga mesa ricamente adornada; en ella había sabrosos manjares.

Su Ilustrísima, el Gobernador y el Presidente de la Audiencia, acompañados de su séquito, sentáronse á ella.

Y mientras ellos saboreaban los ricos manjares, el coro cantó escogidas piezas, que eran saludadas con aplausos. Los del coro cantaban por costumbre; conocíase al ver sus labios que les devoraba el deseo de probar un manjar de los que veían en la mesa sagrada; pero no podían; eran todos para la comitiva.

El lunch que se había servido á los ministros de Dios, á los de San Vicente de Paul y autoridades civiles, terminando con la bendición apostólica.

Los presos fueron obligados á retraerse cada uno en su celda. En sus rostros divulgábase el descontento de haber pasado por un acto tan cruel como el de haberles hecho presenciar el lunch. Los del coro no recibieron más que la bendición del obispo.

El cortejo recorrió todas las galerías, admirándose de la higiene y buen estado de la prisión, felicitando á los señores directores, que fueron los héroes de la fiesta, por el esmero con que agasajaron á los huéspedes.

El día, que amaneció alegre, terminó con la tristeza de las víctimas.

En los sótanos de la prisión yacían sepultados varios infelices por simples faltas á la disciplina; para ellos no alcanzó la bendición del obispo, ni tampoco la gracia divina, ni la de la primera autoridad civil.

¡Oh, la humanidad de los santos varones representantes de la justicia y la religión!

X

Cárcel de Barcelona.

## Hay que exigir

En mi corazón radica mi sentimiento, en mi cerebro se virtualiza, por un proceso de examen, mi observación. No soy un refinado sensitivo, ni tampoco soy un maravilloso onnisciente. No siento todo ni lo veo todo; pero algo veo y algo siento.

He sido lanzado á la humanidad por una ley fisiológica, por una ley natural que es la vida misma: soy la expresión matemática, el uno más que se suma á la especie para acrecentar la procreación. No soy nada y lo soy todo; yo formo como los demás en la vida de los creados. Yo soy un aumento y una necesidad: yo soy uno. Soy, pues, una parte integrante de ese todo que se llama Humanidad.

Anatómica y fisiológicamente considerado integro todas las partes para pertenecer al grupo antropológico. Soy, pues, hombre. Mi mentalidad y contestura física podrán variar en la potencia y en el diámetro; pero esa mentalidad y esa contestura *relacionadas* están naturalmente predisuestas para la nutrición y el engrandecimiento de sus facultades. Soy susceptible de deleitarme con los manjares, con la música, con la poesía, con la estatuaría, con la ciencia, con el amor carnal que me creó en el sublime momento de lanzar una nueva vida al mundo.

He nacido del sagrado momento en que dos almas forman su portentosa conjunción, en un instante de libertad augusta, cuando todo se olvida, cuando el *próximo ser* absorbe los sentidos todos, y las fuerzas y las ansias de la especie humana concatenadas realizan, gloriosas, el acta vital de la creación. «El genio de la especie», el amor, me ha lanzado aquí. Admítase ó no á Dios, la fuerza de la vida, Dios mismo (de haber una Voluntad imperiosa) ha permitido, ha consentido que yo llegue aquí. Y he llegado como los demás, merced al acto de la generación.

El ayuntamiento sexual me ha lanzado al mundo; las mismas necesidades han presidido mi creación, de los mismos atributos he sido revestido para entrar á formar parte de la humanidad.

Estoy poseionado por lo tanto de mi fuerza: yo soy uno igual á otro uno; estoy pendiente de las mismas necesidades: anatómica y fisiológicamente considerado tengo las mismas partes y el funcionamiento de iguales órganos para



que unos y otros se vitalicen y marchen llenando la acción progresiva de fuerza, que comenzará á declinar cuando la longevidad, por natural pérdida y desgaste, se poseione de mis facultades.

Soy, por lo tanto, la expresión, la representación, de una fuerza necesaria, igual á la representación y expresión de otra fuerza de las múltiples que integran la humanidad.

Si tengo iguales atributos, debo tener los mismos derechos; si tengo las mismas predisposiciones, debo tener idénticas necesidades. Quedamos, pues, en que al venir á la vida en mí se entrañaba una fuerza relacionada, necesaria é igual á las demás.

La necesidad de todos fué creándose uno á uno; la pluralidad es posterior á la singularidad; ésta murió para dar vida á aquella.

La sociedad fué creada por el amor, el amor la formó, el amor la dotó de su misma esencia... Pero he aquí que el amor se prostituyó y creó la desdicha, sembrando la desigualdad, madre de todos los odios...

Los hombres han prevaricado, se deshonraron á sí mismos, deshonraron á la especie, cuando el egoísmo brotó en sus corazones. De él igual hicieron el inferior: marcaron una nueva escala regresiva, atávica, que lanza á los humanos al grupo zoológico. ¿Ejemplos?... En el credo de todas las naciones figura como divisa el humanismo. Y, sin embargo, esas naciones reglamentaron la prostitución. Para tener vírgenes forzadas enviaron á los lupanares á otras vírgenes tan augustas como aquellas. La base de la moral burguesa se apoyó en la moralidad reglamentada. Detentaron la propiedad y condenaron el robo sin pensar que esto es un acto meritorio de reintegro creado por ellos mismos. Establecieron los Códigos y se olvidaron de condenar en primera instancia á sus fundadores por el hecho de convertirse en instigadores de los delincuentes que ellos mismos crearon con sus abusos y vejaciones. Reglamentaron el trabajo y le pusieron precio, como si pudiera valuarle ninguna cosa más que en relación del beneficio directo que reporta. Invirtieron, con el despotismo, los mejores valores de la humanidad, matando fuerzas, destruyendo energías, asesinando potencias creadoras que se desgastaron por el hambre á que las redujeron.

Crearon odios en el corazón y sombras de venganza en el cerebro. Despreciaron lo más útil, el trabajo manual, reduciéndolo á la condición de mecanismo sin alma. Con la necesidad impuesta por el hambre, castraron los cerebros innovadores. Y no contentos aún, á pesar de los relámpagos que brotan de la tempestad que se está formando, siguen aherrojando, oprimiendo, fustigando, enloquecidos, para que á la bestia humana no la quede tiempo más que para atender á su dolor y quejarse de las heridas por donde brota toda la indignidad de que la burguesía reaccionaria la ha saturado inclemente.

¡Cuidado! ¡Tened mucho cuidado! Los esclavos saben ya cómo han nacido. Hoy sienten su corazón palpar en rebelde. Saben que hay un recreo para los ojos, otro para el paladar, otro para el olfato, otro para el tacto y otro para el oído... Y todos los cinco sentidos tan bien dispuestos como los vuestros para

gustar todas las delicadezas que la vida encierra, se han concatenado, se han fundido en un sólo deseo, en un sólo sentimiento, en el de conquistar á precio de la vida todo lo que la vida, por vuestros latrocinios, les ha usurpado.

Y como saben que la santidad de un derecho, según dijo Schmidt, no es la que le hace aproximarse á él ni un paso, y que lamentarse y hacer peticiones sólo conviene á los mendigos, dejarán de implorar y empezarán á exigir...

Que es por donde debían haber comenzado al darse cuenta de vuestras canalladas...

JOSÉ G. TORTAJADA

Bilbao, Abril 910.

## EQUIDAD

Los chinos se han rebelado contra los europeos en la provincia de Changsha, por creer que éstos, y singularmente los misioneros católicos, tienen la culpa de la venida del cometa Halley, presagio de inmensas desgracias para aquella región.

¡Qué estúpidos, qué majaderos y qué supersticiosos son los chinos de Changsha! Exactamente como los católicos de todos los países, que han incurrido en las mismas supersticiones, majaderías y estupideces al aparecer en el cielo una estrella con rabo.

Mas si los de Changsha consiguen sacudirse las misiones católicas, que son una calamidad evidente, real, tangible, apastosa é insufrible, merecerán que yo trueque los anteriores vituperios por justas alabanzas: listos, cultos, decentes, sabios, admirables y dignos de imitación. A cada cual lo suyo.

## La conversión de Talleyrand

Un libro de Bernard de Lacombe «La vida privada de Talleyrand», da actualidad en Francia al tema de la pretendida conversión del célebre obispo-príncipe, á quien el Papa dispensó los votos episcopales para casarse y trazar en la historia de la revolución del clero de Francia la honda huella de todos conocida.

Testigo y relator de esta conversión es el entonces abate Dupanloup, posteriormente obispo de Orleans, al cual sirvió de instrumento su sobrina madama de Dino.

L' Eclair nos trae un resumen de los sucesos, que pueden condensarse en algunas fases culminantes, de las cuales una es la exposición de conciencia del personaje hecha en su conferencia en la Academia de Ciencias morales y políticas el 3 de Marzo de 1838, en donde insistió sobre la idea de «la religión del deber», frase que los críticos parecen confundir con la idea contraria, del «deber de la religión».

Pocos días después manifestaba su deseo de morir en el seno de la Iglesia. Uno de los párrafos de su misiva al Papa, dice: «El respeto debido á mis

padres no me prohíbe decir que toda mi juventud fué por ellos encaminada hacia una profesión para la cual no había nacido».

Dupanloup explica luego que la objuración firmada por Talleyrand estando ya medio-tullido, no era obra del enfermo sino del abate, y que el moribundo se negó á firmar durante varios días apesar de las instancias de madama Dino y de su hija.

He aquí los términos del articulista refiriendo los últimos momentos del converso:

«Mad. Dino lee á los asistentes á presenciar la muerte, el acta de retractación, que era «una amplia reprobación de los tiempos más célebres y más desgraciados de su vida y una franca condenación de su siglo». El enfermo corroboraba con signos los párrafos del documento, al pie del cual puso su firma solemne: «Carlos Mauricio, príncipe de Talleyrand».

Esta firma parece la mejor prueba de la comedia de este acto. En ella resulta negado y renegado el carácter episcopal; como igualmente aquel párrafo acusando la violencia inferida á su juventud, es una reprobación solemne, espontánea y el cuento de la educación eclesiástica.

## ¿Quién fuera obispo!

Sí, señor; yo quisiera ser obispo; ó arzobispo, me es igual.

Y quisiera serlo, porque si me confiriesen ese cargo sería tan ejemplar como otros muchos, como casi todos, por mejor decir.

Ese es mi bello ideal: ser obispo.

Yo predicaría entonces con la palabra más dulce, con las frases más tiernas, la santidad y la bondad de la pobreza; yo demostraría, con los textos bíblicos en la mano, que es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos; yo llevaría la evidencia á la conciencia del rebaño que me estuviera confiada, de que nadie debe poseer lo superfluo mientras haya quien carezca de lo necesario.

Sí, yo haría esto y mucho más por el prójimo, y procuraría prolongar mis días para poder tener más tiempo de difundir tan sacrosantos principios entre la humanidad.

Para ello viviría en cómodo y lujoso palacio, á fin de evitarme dolores reumáticos que me imposibilitaran de ejercer mi santo ministerio; pasearía en coche provisto de buenos muelles y forrado de sedas y terciopelos, no por lujo, porque Dios me libró de estas tentaciones mundanales, sino porque mi cuerpo estuviere siempre dispuesto para cumplir con mi sagrado deber, y no rendido y cansado como el de un gañán.

Yo tendría mi mesa suculentemente servida y comería de los más delicados manjares, no por gula, sino porque así me evitaría dolores de estómago y no me harían perder éstos un tiempo precioso, que emplearía mejor en prodigar la templanza.



Mi cama sería de muelles con colchón de plumas de cisne y cubierta de holandesa, batista, encajes, lanas de Sajonia y sedas, para que las horas que dedicase al descanso me hicieran estar fuerte y vigoroso para continuar la tarea que interrumpí al acostarme.

Tendría mi habitación alfombrada con moquetas ó terciopelos, elegantes sillones tapizados, magníficos espejos y muebles suntuosos, no por gozar de las comodidades que ellos proporcionarían, sino porque al comprarlos habría hecho una verdadera obra de caridad, contribuyendo con mi óbolo al sustento de tanto y tanta artista como en la confección de los mismos había trabajado.

Yo me vestiría con telas superiores y llevaría un pectoral de gran precio, un anillo de gran valor y un bastón de mérito extraordinario, no por necia vanidad ni tonto orgullo, sino porque como hombre piadosísimo pensaría constantemente al ver estas alhajas en los capiteles inmensos que superfluamente gastan algunas personas.

Tendría á mi servicio media docena de niñas de quince á veinte años para los servicios domésticos y procuraría que su belleza fuese de primer orden para poder admirar en ellas en cada instante la perfección de las obras del Supremo Hacedor, y extasiado en esa mística contemplación, adquirir ideas nuevas con que poder ocuparme A. M. D. G. de la estética divina.

Y como para todos estos gastos se necesitaría mucho dinero, yo defendería que el Estado tenía el deber de aumentar la dotación del clero, y muy especialmente la del alto, para que pudiera con desahogo atender á tan múltiples obligaciones; y como he dicho ya, no por molición ó sibirismo, sino por dar ejemplo con mi modestia moral á todo mi amadísimo rebaño.

He dado mi Manifiesto para que, si no se encuentra otro hombre más virtuoso que yo, puedan desde luego tenerme presente al proveerse las primeras sillas vacantes.

Y por si los méritos expuestos no fuesen bastantes y se quisieren más títulos, yo ofrezco que sería intransigente contra todo lo que ojera á razón; lanzaría excomuniones á diestro y siniestro, y me codearía con herejes si éstos eran príncipes, por tener el gusto y la honra, no de tratarme con ellos, sino de ver si los podía traer al buen camino hablándoles de política, de toros, de teatros, de diversiones, y si era preciso, de mujeres, porque este ministerio es tan sagrado y tan alto, que á sus representantes les obliga á ocuparse de todo, hasta de la mar.

## Natura Naturuns

¿Pero cuándo ha hecho el Eterno su obra, el mundo? ¿Cuándo se ha rebajado, como dice Malebranche, hasta dignarse hacerse creador?

En un momento dado del tiempo.

He ahí lo que afirman todos los Génesis; he ahí lo que implica, por otra parte, la palabra y la idea de creación; porque el obrero ha debido preceder á la obra. Entonces, ¿Dios debió pasar en la reposo toda la eternidad anterior á la creación, sin obrar, sin producir, sin

reinar sobre sus obras y sus criaturas, como se considera debe hacerlo durante la eternidad posterior? Pero, ¿qué es una eternidad cortada en dos? ¿Cómo concebir al gran geómetra el Demiurgo, formador de los mundos infinitos, durmiendo toda una primera eternidad, y despertándose después de repente como acometido de una pesadilla elaborada durante toda una eternidad de ensueños, para evocar de la nada este universo, ausente hasta entonces, para llenar y poblar ese vacío insondable, para dar á esta no existencia universal la vida universal, para hacer de esa nada todo, y para tomar el mando y gobernar durante la segunda eternidad? La contradicción no puede ser más flagrante. El ser necesario no ha podido permanecer un solo instante inútil: el ser activo y eterno no ha podido dejar de obrar eternamente. Si ha llenado sin lagunas de ningún género la infinidad del espacio, ha debido llenar también sin lagunas la infinidad del tiempo.

Hay que admitir, pues, forzosamente un mundo eterno como su creador. Pero al confesar que el mundo es también eterno, que es coeterno con Dios, confesáis que no ha sido creado, porque la creación, repito, exige que el obrero preceda á la obra. Ahora bien; si el mundo es eterno é increado, es Dios.

L. VIARDOT

## CONSTE

Está probado que los dos estafadores del Banco de Bilbao, Jesús Garriga y Fidel Martínez, proceden del Patronato de obreros católicos.

Otro borrón que cae sobre la enseñanza laica.

Apunte usted, señor escribano.

## EL HOSPITAL

(ESTUDIO MÉDICO-SOCIAL)

LA HERMANA DE LA CARIDAD

Nada hay más divorciado de la certeza que los juicios que se forman de una colectividad á expensas de la abnegación ó el valor de algunos de sus miembros. Aún recuerdo, con la frescura con que se componen las escenas del placer pasado, la imagen que las relaciones y lecturas románticas habían impreso en la cámara oscura de mis pensamientos, dibujándola entre contornos celestes y envuelta en nubes de incienso y admiración, esa figura de la hermana de la caridad. Bastó á esta imagen negativa recibir la luz de la observación para trocarse en una positiva llena de manchones y desdibujada, en eso que los fotógrafos llaman figura movida, y los sociólogos conjunto sin marco, cuerpo sin ropaje, bohemio sin hogar, filántropo que cambia el oro por acciones del Banco, mendigo que se emborracha y sufre cólicos.

Lejos, muy lejos de mi ánimo estaba la idea de dudar que las hermanas de la caridad mixtificaran en los hospita-

les su sagrado ministerio; forjábales tan divinas en mi ilusión, que al escéptico ó impostor que las hubiera empañado con su vaho, hubiérale rechazado con los más duros apóstrofes. Pero «la experiencia es madre de la ciencia», ha dicho no sé qué santo ó pecador, de fijo muy versado en los achaques de la vida.

No he visto al cruzar los hospitales y recibir en ellos mi educación científica, viviendo en las interioridades de su existencia y respirando méfismos de su atmósfera, á la doncella generosa que por un período de cuatro años, ó de toda la vida, se divorcia de los placeres mundanos para recogerse en el templo de la caridad y ser la vestal consagrada á encender el fuego sagrado de la filantropía. No, no la he visto por más que la he buscado. Allí sólo estaba, vestida con la blanca toca y el limpio é higiénico sayal, la hembra reclutada en la miseria de un hogar de pobres labradores ó de menestrales, y asociada á una comandita en la que le ofrecían resuelto el problema de la existencia. Hirió mi vista un montón de mujeres condenadas por la belleza á perpetua soltería, y sólo desmontándolas de viejas, ó cachazudas y rollizas, pude hallar alguna que otra agraciada y virtuosa Sor, de las cuales referían los compañeros haberse fugado con zutano ó Pericó de los Palotes, sin paciencia para cumplir el plazo de sus votos. ¡Cuán grande fué el dolor que estos desengaños sembraron en mi alma!

Faltaba aun más; aquellas mártires desinteresadas, á fortiori virtuosas, ó frías estatuas en las que el grito de la naturaleza no rebasaba de los tabiques de sus celdas, eran tropa mercenaria y asalariada que consumía una partida de los presupuestos municipales, provinciales ó generales, á tanto por cabeza, y aparte del total asignado para su manutención y estancia en los hospitales. ¿Dónde estaban su desinterés y filantropía? ¿No eran atendidas sus primeras necesidades? En ese caso, ¿qué falta les hacía la remuneración material por un trabajo de índole moral? ¿Acaso se proponían con el producto de las contribuciones locales, regionales ó de la nación, ayudar á los carlistas, sostener las ceremonias clericales, ó convertirse en sociedades de resistencia, por si mañana se le ocurriera á la opinión expulsarlas de los hospitales, como Cristo arrojó á los mercaderes de su templo? Son estas cuestiones de las que el público debe tener conocimiento para que, aislada ó colectivamente, se forme una justa opinión de estas instituciones.

Quien haya leído *La hermana de la caridad*, de Castelar, ó el que se haya dejado engañar por las monjiles patrañas que las damas de las papalinas ponen en juego los días de visitas de hospitales y en las horas para éstas señaladas, ha formado una errónea opinión del ministerio que las hermanas desempeñan.

Quien quiera observar detenidamente lo que hacen, para formar un juicio personal y propio que nada ni nadie pueda destruir, visite un hospital después de haber pasado la visita médica en cada sala ó cuando ha terminado el reparto de las comidas; y si encuentra una hermana de la caridad, será en animado coloquio con algún practicante ó enfermero, mezclando murmuraciones



caseras, rociadas de comentarios y disculpas de religiosa garrulería y salpicadas de sonrisas y risotadas sacristanescas. En cambio, si visita el hospital después de pasada la media noche, procure pisar silenciosamente por las galerías contiguas á las salas, pues corre el peligro de evocar por el conjuro de sus pisadas la rápida desaparición de los murciélagos que á aquellas horas suelen guarecerse entre las columnas y en los entrantes de los rasgados ventanajes esperando la salida de... la aurora.

Compadezco al visitante que entre en una sala cuando las campanadas del reloj marquen las medias, ó las horas. Entonces, únicamente, es cuando se hacen visibles las santas hermanas que se encuentran de guardia. No parece sino que las manillas del reloj de la torre fueran hereúles brazos que las arrancaran de las entrañas de sus escondrijos para arrojarlas al centro de las enfermerías con el rosario en las manos y los labios vomitando la mecánica y monótona canturía de

*el angel del Señor anunció á María;  
Dios te salve... etc.*

que repiten con estóica frialdad cada treinta minutos, como si los enfermos no estuvieran enterados de la puntualidad del arcángel San Gabriel.

Mi querido lector; si por fortuna cuentas con algún practicante amigo, que sea algo de la cabeza de sala, ó de otra *Sorcualequiera* (en el buen sentido), apresúrate á visitarle uno de los días que esté de guardia. No te importe el llegar sin haber desayunado ó sin cenar, ni el que sea verano ó riguroso invierno, ó que hayan dado las doce de la mañana ó de la noche; lo principal es que des con él; si lo encuentras, pide por esa tu boca; y desde el caldeado brasero hasta el fresco botijo, y desde el monjil helado hasta la frailuna merienda, nada ha de echar de menos tu insaciable avidez.

Aquellos rinconitos, que las hermanas tienen en cada sala, son verdaderos templos de glotonería; en ellos encontramos las raciones de asado de carne, gallina, leche, bizcochos y Jerez que habían echado de menos los enfermos, ó, en caso mejor, aquellas que el médico había suspendido del tratamiento aliménticio, ó las que por alta ó defunción habíanse olvidado de restar diariamente los libretistas de las salas. Pues aquellas alacenas eran á la vez almacén de rencores y venganzas, de la falta de servil respeto á la *Sor*, ó de creencias religiosas no adaptadas al fanatismo brutal é irreflexivo de ignorantes mujeres faltas de razón y plétóricas de fe, de catecismo y gárrulos sermones.

Muchas veces he pensado en lo moral y conveniente que sería el reemplazar estas comanditas parasitarias por asociaciones de señoras que turnaran semanal ó mensualmente en el cuidado de los enfermos refugiados en los hospitales, aprendiendo en estas tareas la forma de llenar las exigencias de los que padecen, para más tarde utilizarlo junto al lecho del dolor donde se hallasen postrados el marido, los hijos, los padres, hermanos, etc., por las contingencias de la vida, imposibles de prever y difíciles de aliviar.

Así como á los hombres se les exige que sirvan á la patria durante los años de su juventud, debía recabarse para las mujeres la obligación de servir á la

humanidad, durante una época convencional, asistiendo gratuita y desinteresadamente á los desheredados de la fortuna que van á refugiarse en los lechos de los Asilos y Hospitales. Pues se hace necesario coartar la monopolización que de la miseria física, remediada por el municipio, la provincia y la nación, hacen esas agremiaciones constituidas bajo la razón social de *Hijas de la Caridad*.

Baste lo dicho para poner coto á ese desenfrenado entusiasmo por las hermanas de la caridad, algunas de las cuales, en honor á la verdad sea dicho, cumplen con abnegación en la asistencia á domicilio, sin duda porque ejercen aislada é individualmente, dando libertad á sus sentimientos de mujer, sin sujetarse á las monásticas prescripciones que impone una Superiora egoísta aconsejada de fanáticas y comineras *cabezas de sala* que todo lo olfatean, embrollan y trastornan, acorralando á los exánimes enfermos que tienen el valor de no creer en religiones positivas, brindándoles con sacramentos de cuya eficacia dudan, hasta que, perseguidos y faltándoles alientos para rechazarlas, apostasían de las creencias que la fortaleza de su corazón siempre rebatió. Estrategia que no en todas las ocasiones queda vencedora, pues suelen fallar cuando tropiezan con espíritus del templo del malogrado autor de *La Muerte de Dios*, mi inseparable amigo Antonio Llamas, á cuya tragedia corporal asistí desde el día que lo llevé al hospital, hasta aquel en que dejó su cuerpo en el cementerio civil y guardé su alma en la profundidad de mis recuerdos, regándola con lágrimas y evocando palabras y hechos perdidos para siempre.

Termino, querido lector, como he empezado, para que precures no olvidarlo cuando te ensalcen á la hermana de la caridad.

*Nada hay más divorciado de la certeza que los juicios que se forman de una colectividad á expensas de la abnegación ó el valor de algunos de sus miembros. La experiencia fué siempre madre de la ciencia.*

J. F.

## Gran espectáculo

Merry del Val está haciendo el vacío en derredor del Papa.

Con el desaire de que fué objeto Roosevelt, se ha enagenado la curia pontificia las simpatías de los Estados Unidos, y estas simpatías importaban mucho dinero (allí todo se traduce en «dóllars»), que, según parece, de hoy en adelante no afuerrá á las arcas del Vaticano en tanta abundancia como hasta aquí.

Ahora Merry ha cometido otra torpeza: indisponerse con Alemania é Italia, por aconsejar al Pontífice que no recibiese á la Sociedad coral de Colonia, fundándose en que había visitado antes á Víctor Manuel.

Muchos cardenales y obispos se desesperan considerando la importantísima merma que va á tener el dinero de San Pedro.

El mismo Papa, fascinado y agarrotado por el jesuitismo, de que es serpiente visible Merry, se aísla con perjuicio de los intereses católicos (dinero, dinero y dinero).

El padre Jansens, secretario de una Congregación religiosa, presidida por Vives y Tudó, fué á ofrecer sus respetos á Roosevelt después de la bofetada pontificia, y no hallándole en su hotel, dejó una tarjeta saludándole y agradeciéndole el bien que hizo á las Comunidades cuando presidió el gobierno de los Estados Unidos.

El Papa ha desautorizado á Jansens en la prensa de la Confederación. Se considera ya destituido al secretario. Y con esta serán tres las amputaciones de miembros importantes. Además, monseñor Granito di Belmonte, nuncio apostólico en Viena, ha procedido igual que Jansens, con mayor fortuna, pues vió á Roosevelt; y también se le piensa amputar moralmente, no nombrándole cardenal en el próximo consistorio, según estaba decidido.

Sigan las amputaciones y las escisiones y las degollaciones en el tabernáculo de la Iglesia católica, apostólica, romana. Es una diversión que no deja de tener su grandeza, como las ofrecidas al gran pueblo en el circo cuando se desgarraban mutuamente tigres y leones.

*Haciendo el panegírico de un celoso misionero, decía cierto orador eclesiástico:*

*—Tal era la fuerza de su elocuencia, que un día convirtió á diez mil salvajes en una isla desierta.*

## Bibliografía

*El Militarismo*, por Guillermo Ferrero.—Traducción del comandante de Estado Mayor D. Gonzalo Calvo.—Casa editorial Maucci de Barcelona.—1910.

Acaba de publicarse este libro sensacional en el cual su autor no intenta anunciar á los hombres un nuevo reino de los cielos, sino demostrar que la guerra ha sido la hija de los peores vicios humanos y no la madre de las más hermosas virtudes, y que, al presente, la guerra no tiene ninguna función que llenar «entre los pueblos civilizados de Europa». La inmensa cultura histórica de Ferrero, que se refleja en el libro iluminada por los destellos de su magna inteligencia, muestran al lector nuevos senderos no presentados siquiera. Son tantos los puntos que trata, que es totalmente imposible dar una idea en corta bibliografía: la fiera humana y la civilización; las guerras coloniales de España; la moral de las civilizaciones militares; la desaparición progresiva de las guerras; las sociedades militares y el absolutismo; debilidad del militarismo francés; Atila y Napoleón; el porvenir de Turquía, son substitutos de los muchísimos que comprenden las diez conferencias subdivididas en capítulos que forman el libro, llamado á difundir en España y América latina las modernas doctrinas del gran pensador italiano, jamás reñidas con el verdadero espíritu militar y la disciplina. Nada deja que desear la edición de *El Militarismo* de que hablamos. Forma un volumen de 384 páginas impreso en papel satinado de 21 por 13 y medio centímetros con cubierta alegórica. Precio 4 pesetas en todas las librerías.





## Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACIÓN)

Sin demora, ¡ah, horror causa decirlo!, me condujeron por la habitación en que lo menos treinta cadáveres de mis compañeros permanecían tendidos y hacinados, á muchos de los cuales di la última prueba del cariño que les profesaba abrazándolos y besándolos. Viéronse mis compañeros obligados á no estar-me á veces para separarme de mis compañeros muertos; si á la verdad trabajaban con sana intención por calmar mi corazón traspasado de dolor, era imposible.

Al fin tuve la dicha de abrazar á 13 compañeros que, como yo, se habían salvado, y se me dijo que tres más, saltando por encima de las turbas, la muchedumbre y un batallón carlista, habían logrado fugarse, habiendo, por consiguiente, probabilidades de haberse también salvado; circunstancias que vinieron á mitigar mi dolor en algún tanto. Se me hicieron, lo mismo que á todos los compañeros, nuevas y enérgicas protestas contra tamaña infamia, y se nos dió palabra de que al momento íbamos á quedar en libertad; pero ¡oh dolor! á la media hora nos encontramos bajo una guardia cuyos individuos vestían los pantalones teñidos con sangre de nuestros hermanos.

En este estado continuamos dieciocho horas, esperando por momentos la muerte, cuando á las doce de la noche del 14 se nos manifestó que con toda seguridad, pero sin que los paisanos ni las partidas se apercibiesen, íbamos á ser conducidos á Puente la Reina por ocho muchachos de confianza, dejándonos aquí en libertad. En efecto, así se hizo, y el 15, á las tres de la tarde, me encontraba en Pamploña con 16 compañeros.

Ahora, Ilmo. Sr., me veo en la necesidad de relatar lo que ocurrió fuera del cuartel el día 13 y siguiente, y cuyos hechos se me han comunicado por la viudas y huérfanas que han llegado á esta plaza huyendo de los atropellos de que eran víctimas en Cirauqui, y cuyo relato es verídico.

A la vez que se entretenían los asesinos en hacer padecer á sus víctimas, otros, que gustaban más del robo que del asesinato, saqueaban nuestras casas; y no era un saqueo á la ligera, puesto que en casa de Iriarte, nuestro capitán, no solamente robaron cuanto había, sino que destrozaron tabiques y todos los muebles de lujo á balazos, temerosos de que fuesen reconocidos si los llevaban á sus casas. Igual conducta observaron en la mayor parte ó todas las casas de los voluntarios, y hoy mismo han llegado viudas de éstos asegurándome que

lo poco que habían respetado el día 13, lo han robado en los días 17 y 18, y que tienen la convicción de que destruirán cuanto queda, si es que queda algo, y se ven muy amenazadas las viudas de todas las familias.

Las mismas me dan parte de que muchos cadáveres fueron despojados de toda su ropa, que estaban horriblemente mutilados unos, y cubiertos de heridas de balas y bayonetazos. Esta noticia me fué ya comunicada en mi prisión por personas carlistas y el médico que los reconoció. También se dió el inhumano caso de negarse los paisanos á conducir al cementerio los cadáveres, y hasta arrastrar alguno que otro por las calles.

Esto es lo ocurrido, Ilmo. Sr.; que se me caiga la mano con que lo firmo, si en lo más mínimo faltó á la verdad; y si en algo faltó, será en dejar de relatar alguna que otra escena que me es desconocida.

Tengo el sentimiento de acompañar á V. S. la relación marcada con el número 1.º, que contiene los nombres de 37 muertos; otra con el número 2.º, de los que sobrevivieron á tanta desgracia.

No debo hacer, Ilmo. Sr., mención especial de ninguno de los voluntarios; todos, todos cumplieron como buenos, batiéndose con el mayor heroísmo; pero no puedo menos de hacerlo de la mujer del voluntario José Apesteguía, muerto á la vez que el hermano de éste, Martín José.

Esta mujer, de mejor instinto, de más penetración que los que optaban por rendirse, y, sobre todo, de un valor poco común en su sexo, suplicó mil y mil veces que muriésemos quemados y abrasados como buenos hermanos antes que rendirnos. Al ir á entregar las armas, con lágrimas de sangre y puesta de rodillas, reiteró la súplica; pero el pacto estaba hecho, y tan pronto sacaron las armas del cuartel, maldijo al enemigo y cayó desmayada.

A tan heroica mujer la salvó el cabecilla Miguel Urra, sacándola del cuartel y ocultándola en una casa, siendo inútiles cuantas diligencias practicaron los carlistas para encontrarla.

Uno de los voluntarios que huyeron al principiar los asesinatos, y á pesar de haber sido herido de bala en un brazo, salió al campo, y cogido por dos bandidos de á caballo, le echaron una soga al cuello, y atado á la cola de uno de ellos recibió fuertes contusiones de sable que hoy muestra al que quiera verlas, conduciéndole en este estado á distancia de un kilómetro. Entonces pasaron la soga del cuello al brazo, y ha-

cienso que el caballo galopase, cuando le veían casi arrastrando, le decían: «¿Pensabas que no corrían los caballos de los carlistas?»

Así lo llevaron hasta Lorca, presentándole á Dorregaray en un estado lastimoso, quien dispuso que, con arreglo á lo estipulado en la capitulación, quedara en libertad. Este voluntario, llamado Felipe Ezcurra, llegó ayer á esta plaza con la columna del brigadier señor Gardín.

Nada más resta que decir, ilustrísimo señor, sino que la inmensa mayoría ha quedado en la miseria; casi todos propietarios en grande, ó por lo menos labradores bien acomodados, reciben hoy de sus amigos y correligionarios el pan para no morir de hambre y ropas para cubrir sus carnes.

Mis bravos voluntarios, sin embargo, no piden venganza, piden justicia, ilustrísimo señor, piden represalias, esas represalias autorizadas por las leyes de la guerra; y al no pedir venganza, no crea V. S., no es porque no la sienten en sus pechos; tienen pasiones, Ilmo. Sr., pero son republicanos y sólo quieren ¡justicia! ¡justicia! ¡justicia! Quieren ojo por ojo, diente por diente y hombre por hombre, casa por casa, muebles por muebles, dinero igual al que se les ha quitado. Quieren, ya lo he dicho, justicia; pero justicia pronta y enérgica.

El dolor por un lado, y la falta de algunos detalles por otro, han motivado que V. S. no haya recibido antes este parte, al escribir el cual me he cuidado tan sólo decir la verdad clara y desnuda sin reparar en las formas del escrito, que á nada conducen en los de esta clase, ni en el orden de los hechos.

Lo que tengo el honor, al par que el sentimiento, de comunicar á V. S. para su superior conocimiento, restándome tan sólo impetrar de su benevolencia me dispense haya sido algo difuso en la explanación de los hechos, puesto que no siendo, ni habiendo sido militar, carezco en absoluto de aquellos conocimientos que el arte de la guerra podría tal vez suministrarme para poder decirlos en rasgos más sucintos.—*Pamploña 19 de Julio de 1873.*—TIRSO LACALLE.

«¡Voluntarios de la República de Navarra! ¡Soldados del Norte! ¡Voluntarios republicanos de España! ¡Españoles todos!

Va véis cómo cumplen los carlistas sus solemnes compromisos. La memoria de nuestros queridos compañeros sacrificados tan vil y cobardemente por esos hijos de Satanás, nos da nuevos bríos, nos infunde nuevo valor y nos

(Continuará.)



(FOLLETÓN 52.)

## LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR  
OFFENBACH

Cánovas y Sagasta hubiesen turnado en el poder Sánchez y Molina (este era el apellido de «Lagartijo»), pues ni Molina ni Sánchez habrían perdido las colonias, no hay que decir con cuánto mayor provecho habrían sustituido á los sucesores de aquéllos, los que á su lado, al lado de Sagasta y Cánovas, no son en el circo político sino toreros de invierno.

—Rafael! (Este era el nombre de pila de «Lagartijo»), ¿Por qué te has cortado la coleta?

Así preguntaba al Sr. Molina, un amigo á poco de haberse retirado del toreo el insigne matador.

—Pues me la he cortado—respondía—por ver si se decide á seguirme ejemplo alguno de esos gobernantes que desde antes que yo empezase á matar vienen haciendo del país un herradero.

Porque el republicano ó casi republicano Lagartijo era un buen patriota, como lo era el monárquico ó casi monárquico Frascuelo. Y aunque no tomaban muy á pecho la política, y el que la tomaba menos era Lagartijo, éste no dejó de señalarse una vez en unas elecciones á favor de la candidatura de un su amigo que aspiraba á salir diputado por un pueblo en que el matador tenía influencia, además de una ganadería de reses bravas, y «una partida», como decía él, «de amigos y aficionados entusiastas que, cuando llegaba la ocasión, tampoco eran muy mansos».

En el mencionado empeño Lagartijo salió más airoso que otro famoso matador, Mazzantini, que se metió en empresa análoga á favor del célebre inventor del submarino, Peral (Isaac); y la verdad es que tantos eran los electores que se proponían votar á éste, y tan persuasivos iban mostrándose unos garrotes de que se armaron algunos amigos del matador, que la elección del subacuático navegante, que ya se tenía por segura, habriase llevado efectivamente á cabo, á no ser porque el gobierno se decidió á echar el resto en favor del candidato ministerial, que era otra persona.

—«El gobierno tiene grandísimo interés en que triunfe el candidato ministerial».—He aquí el telegrama

que uno de los ministros, el de Marina, puso á la autoridad del ramo en el distrito. Como se vé, no haría más un padre por un hijo. (Verdad es que el candidato ministerial era el propio hijo del propio ministro que envió ese telegrama).

En fin, para que se véa que á pesar de que lo flamenco ó gitano tenga tanto predominio en el toreo, no falta en el oficio gente seria, recordaremos también á otro matador conocido, aunque no del mérito y fama de los ya citados: Ponce, simple calafate que antes no había toreado ni un carnero, pero que se echó á torear en cuanto oyó decir á la mujer que le gustaba, que aquel «cuerpecito no había de ser sino para un matador de toros». ¡Qué diferencia entre este enamorado y el que, según hemos referido en el capítulo anterior, simuló el séptimo sacramento!

¡Ah! Lo que es Ponce no poseía, en verdad, el ingenio y salero de aquel gran infractor del catecismo, más tampoco se le asemejaba en tomar á broma cuanto de serio y respetable hay fuera del redondel, y por tanto, no sería capaz de la serenidad y la osadía con que el gitanísimo matador recibía, no siendo un toro, cualquier cosa, como recibió una vez á un admirador y amigo que inspiradamente se acercó á saludarle en ocasión en que estaba enamorando á una mujer, á la que acababa de decir que era soltero.

—¡Hola, fulano! ¿Cómo te va? ¿Y tu mujer y tus hijos?—He aquí la descarga á quema ropa que le hizo el amigo. Pero él, mostrando sorpresa, replicó con mucha calma:

—«Mi mujer y mis hijos? Usted se ha equivocado. Yo no soy «fulano»; soy su hermano Francisco.

Y con tal frialdad y desvergüenza dijo la mentira, que el amigo, creyendo efectivamente haberse equivocado, se disculpó y se fué.

¡Pues y cuándo con menos menzura de la moral, aunque con más, seguramente del decoro, alguna vez, jugando su hija con otras amigas en el patio de la casa, mientras marchaban en rueda alrededor de la que, haciendo de gallina ciega, había de decir, cuando la rueda pasaba, quien era la amiguita que le caía delante, aquel guason, al aire las gitanas posaderas y montado en un peón de su cuadrilla, venía á colocarse de espaldas en el sitio conveniente de la rueda! Era de ver cuánto se regocijaban todos, especialmente cuando la gallina ciega se acercaba á él hasta poner la nariz en lo que creía la imber-

be mejilla de una compañera. ¡Y cómo arreciaban diversión y risa cuando recelosamente retiraba la nariz, aproximábase después á explorar de nuevo, y se revolvía airada y avergonzada cuando al fin llegaba á descubrir toda la burla!

Lo que dejamos dicho será bastante á probar que lo mismo en el toreo que en todo, ha de hacerse la debida distinción entre lo español y lo flamenco, esto es, lo andaluz y lo gitano, que con tanta facilidad son confundidos aunque se trate de cosas tan diferentes que, como ya hemos hecho observar, se las podría llamar y conceptuar contrarias; y que, aun cuando tanto predomina lo gitano en el toreo, es de lamentar que en la monarquía española los señores del reino no posean calidades y prendas de que se ha visto dotado á más de un matador de toros.

Y cerramos el presente capítulo recomendando al lector alemán que lea con atención y precaución las descripciones que otros escritores extranjeros, sobre todo los franceses, suelen hacer de las corridas de toros, y de las costumbres de los toreros, porque en ninguna suelen faltar curiosísimos ejemplares de prodigiosa información.

Así, en una revista parisien, muy conocida y acreditada, apareció hace poco un artículo, bien escrito, bien informado y bien ilustrado, en el que, además, después de decirse que «Lagartijo» y «Frascuelo» se odiaban á muerte, casi en la misma página en que se recordaba las lágrimas que el fallecimiento del segundo había hecho derramar al primero, se cuenta lo siguiente:

«Un día en la Puerta del Sol, «Frascuelo» se cruza con «Lagartijo», que iba montando una admirable yegua andaluza.

—Magnífico animal, señor!—exclamó «Frascuelo».

«Lagartijo», sonriendo, se apea y tendiendo las bridas á «Frascuelo», replica:

—¡Desde este momento es de Vuestra Gracia!

«Frascuelo, confundido, no acepta tal regalo; el otro insiste, y después de un último ruego, dice sin pestañear:

—Sea, no hablemos más de eso.

A la mañana siguiente, «Frascuelo», al salir de su casa tropieza con el cadáver de la yegua de «Lagartijo». Una puntilla (puñal de cachetero), aparecía clavada en la cabeza